



Mensajes del Santo Padre con ocasión de la Jornada Mundial del Enfermo

Carta del Santo Padre Juan Pablo II al Cardenal Angelini, Presidente del Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, con ocasión de la Institución de la Jornada Mundial del Enfermo

1. Acogiendo con favor la solicitud que me ha presentado, como presidente del Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, y también como intérprete de los deseos de no pocas Conferencias episcopales y otros organismos católicos nacionales e internacionales, deseo comunicarle que he decidido instituir la *Jornada mundial del enfermo*, que se celebrará el 11 de febrero de cada año, memoria litúrgica de la Virgen de Lourdes. En efecto, creo muy oportuno extender a toda la comunidad eclesial una iniciativa que se está realizando en algunos países y regiones, con grandes frutos pastorales.

2. La Iglesia que, a ejemplo de Cristo, siempre ha sentido el deber del servicio de los enfermos y los que sufren como parte integrante de su misión (*Dolentium hominum*, 1), es consciente de que "en la aceptación amorosa y generosa de toda vida humana, sobre todo si es débil o enferma, la Iglesia vive hoy un momento fundamental de su misión" (*Christifideles laici*, 38). Y no deja de subrayar el carácter salvífico del ofrecimiento del sacrificio que, vivido en comunión con Cristo, pertenece a la esencia misma de la redención (cf. *Redemptoris missio*, 78).

La celebración anual de la *Jornada mundial del enfermo* tiene, por tanto, como objetivo manifiesto sensibilizar al pueblo de Dios y, por consiguiente, a las varias instituciones sanitarias católicas y a la misma sociedad civil, ante la necesidad de asegurar la mejor asistencia posible a los enfermos; ayudar al enfermo a valorar, en el plano humano y sobre todo en el sobrenatural, el sufrimiento; hacer que se comprometan en la pastoral sanitaria de manera especial las diócesis, las comunidades cristianas y las familias religiosas; favorecer el compromiso cada vez más valioso del voluntariado; recordar la importancia de la formación espiritual y moral de los agentes sanitarios; y, por último, hacer que los sacerdotes diocesanos y regulares, así como cuantos viven y trabajan junto a los que sufren, comprendan mejor la importancia de la asistencia religiosa a los enfermos.

3. Así como escogí el 11 febrero de 1984 para publicar la carta apostólica *Salvifici doloris* acerca

del significado cristiano del sufrimiento humano y para instituir, el año siguiente, este Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, considero significativo fijar esa misma fecha para la celebración de la *Jornada mundial del enfermo*. En efecto, "con María, Madre de Cristo, que estaba junto a la cruz, nos detenemos ante todas las cruces del hombre de hoy" (*Salvifici doloris*, 31). Y Lourdes, uno de los santuarios marianos más queridos para el pueblo cristiano, es lugar y, a la vez, símbolo de esperanza y de gracia en el sentido de la aceptación y el ofrecimiento del sufrimiento salvífico.

Así, pues, le ruego dé a conocer a los responsables de la pastoral sanitaria, en el ámbito de las Conferencias episcopales, así como en el de los organismos nacionales e internacionales comprometidos en el vastísimo campo de la sanidad, la institución de esa *Jornada mundial del enfermo*, a fin de que, de acuerdo con las exigencias y las circunstancias locales, en su celebración tome parte todo el pueblo de Dios: sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos.

Con esa finalidad, ese dicasterio deberá emprender oportunas iniciativas de promoción y animación, para que la *Jornada mundial del enfermo* sea un momento fuerte de oración, participación y ofrecimiento del sufrimiento para el bien de la Iglesia, así como de invitación a todos para que reconozcan en el rostro del hermano enfermo el santo rostro de Cristo que, sufriendo, muriendo y resucitando, realizó la salvación de la humanidad.

4. Al tiempo que confío en la plena colaboración de todos para el buen inicio y el desarrollo de esa Jornada, encomiendo su eficacia sobrenatural a la mediación materna de María, *Salus infirmorum* y a la intercesión de los santos Juan de Dios y Camilo de Lellis, patronos de los lugares de curación y de los agentes sanitarios. Que estos santos extiendan siempre los frutos de ese apostolado de la caridad, que el mundo actual tanto necesita.

Confirma estos deseos la bendición apostólica que de corazón le imparto a usted, señor cardenal, y a cuantos le ayudan en la pródiga obra al servicio de los enfermos.

Vaticano, 13 de mayo de 1992

I JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1993)

Queridos hermanos y hermanas:

1. La comunidad cristiana ha dirigido siempre una atención particular a los enfermos y al mundo del sufrimiento en sus múltiples manifestaciones. En el surco de tan larga tradición, la Iglesia universal se prepara para celebrar, con espíritu de servicio renovado, la primera *Jornada mundial del enfermo*, en cuanto ocasión peculiar para crecer en la actitud de *escucha*, de *reflexión* y de *compromiso real* ante el gran misterio del dolor y de la enfermedad.

Esta Jornada, que desde el próximo mes de febrero se celebrará todos los años en la conmemoración de Santa María, Virgen de Lourdes, quiere ser para todos los creyentes "un momento fuerte de oración, participación y ofrecimiento del sufrimiento para el bien de la Iglesia, así como de invitación a todos para que reconozcan en el rostro del hermano enfermo el santo rostro de Cristo que, sufriendo, muriendo y resucitando, realizó la salvación de la humanidad" (*Carta por la que se instituía la Jornada mundial del enfermo*, 13 mayo 1992, n. 3).

La Jornada, además, pretende implicar a *todos los hombres de buena voluntad*, pues las preguntas de fondo que se plantean ante la realidad del sufrimiento y la llamada a aportar alivio, tanto desde el punto de vista físico como espiritual, a quien está enfermo, no afectan solamente a los creyentes sino que interpelan a toda la humanidad, marcada con los límites de la condición mortal.

2. Nos preparamos, lamentablemente, a celebrar esta primera Jornada mundial *en circunstancias para algunos dramáticas*: los acontecimientos de estos meses, al tiempo que subrayan la urgencia de la oración para implorar la ayuda del cielo, reclaman al deber de poner por obra iniciativas nuevas y urgentes de ayuda con respecto a los que sufren y no pueden esperar.

Ante todos están las tristísimas imágenes de personas y poblaciones que, destrozados por guerras y conflictos, sucumben bajo el peso de calamidades fácilmente evitables. ¿Cómo retirar la mirada de los rostros implorantes de tantos seres humanos, sobre todo niños, reducidos a espectros de sí mismos por las peripecias de todo tipo en las que, a pesar suyo, se ven envueltos a causa del egoísmo y la violencia? Y ¿cómo olvidar a los que en los centros de hospitalización y de asistencia -hospitales, clínicas, leproserías, centros de minusválidos, casas para ancianos- o en sus propios domicilios, conocen el calvario de padecimientos a menudo ignorados, no siempre aliviados adecuadamente y a veces incluso agravados por la carencia de una ayuda adecuada?

3. La enfermedad, que en la experiencia diaria se percibe como una frustración de la fuerza vital natural, se convierte para los creyentes en una invitación a "leer" la nueva y difícil situación, *en la perspectiva propia de la fe*. Fuera de ella, por otra parte, ¿cómo se puede descubrir, en el momento de la prueba, la aportación constructiva del dolor?, ¿cómo dar significado y valor a la angustia, a la inquietud, a los males físicos y psíquicos que acompañan a nuestra condición mortal?, y ¿qué justificación se puede encontrar para el declive de la vejez y para la meta final de la muerte que, a pesar de los progresos científicos y tecnológicos siguen subsistiendo inexorablemente?

Sí, *solamente en Cristo*, Verbo encarnado, redentor del hombre y vencedor de la muerte, *es posible encontrar la respuesta satisfactoria para esas preguntas fundamentales*.

A la luz de la muerte y resurrección de Cristo la enfermedad no aparece ya como hecho exclusivamente negativo: más bien, se contempla como una "visita de Dios", como una ocasión "para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la civilización del amor" (Carta apostólica *Salvifici doloris*, 30; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de febrero de 1984, p. 16).

La historia de la Iglesia y de la espiritualidad cristiana ofrece un amplísimo testimonio de eso. A través de todos los siglos se han escrito páginas admirables de heroísmo en el sufrimiento aceptado y ofrecido en unión con Cristo. Y se han llenado páginas no menos espléndidas mediante el servicio humilde hacia los pobres y los enfermos, en cuya carne herida ha se ha reconocido la presencia de Cristo, pobre y crucificado.

4. La celebración de la Jornada mundial del enfermo -tanto en su preparación, como en su desarrollo y en sus objetivos- no pretende reducirse a una mera manifestación externa centrada en torno a ciertas iniciativas, aun cuando éstas sean encomiables, sino que desea alcanzar las conciencias para hacerles conscientes de la valiosa contribución que presta el servicio humano y cristiano hacia quienes sufren, para una mayor comprensión entre los hombres y, en consecuencia, para la edificación de la verdadera paz.

Ésta, efectivamente, supone, como condición preliminar, que los que sufren y los enfermos sean objeto de una particular atención por parte de los poderes públicos, de las organizaciones nacionales e internacionales, y de toda persona de buena voluntad. Esto es válido, en primer lugar, para los países en vías de desarrollo -desde América Latina hasta África y Asia- que sufren de grandes carencias en asistencia sanitaria. La Iglesia, con motivo de la celebración de la Jornada mundial del enfermo, se hace promotora de un renovado compromiso hacia aquellas poblaciones, con la intención de borrar la injusticia que hoy existe, destinando mayores recursos humanos, espirituales y materiales, según sus necesidades.

En este sentido, deseo dirigir un llamamiento especial a las autoridades civiles, a los científicos

y a todos cuantos viven en contacto directo con los enfermos. ¡Que su servicio no se haga jamás burocrático y lejano! Deseo sea especialmente claro para todos que la gestión capital público impone el grave deber de evitar el despilfarro y el uso indebido del mismo, a fin de que los recursos disponibles, administrados con sabiduría y equidad, sirvan para asegurar a cuantos lo necesitan la prevención y la asistencia en caso de enfermedad.

Las expectativas, muy vivas hoy, de una humanización de la medicina y de la asistencia sanitaria, requieren una respuesta más decidida. Sin embargo, para que la asistencia sanitaria sea más humana y adecuada, es fundamental poderse referir a una visión trascendente del hombre, que ilumine en el enfermo -imagen e hijo de Dios- el valor y el carácter sagrado de la vida. La enfermedad y el dolor afectan a todos los seres humanos: el amor hacia los que sufren es signo y medida del grado de civilización y de progreso de un pueblo.

5. A vosotros, queridos enfermos de todos los rincones del mundo, protagonistas de esta Jornada mundial, deseo que esta celebración os traiga el anuncio de la presencia viva y consoladora del Señor. Vuestros sufrimientos, acogidos y sostenidos por una fe inquebrantable, unidos a los de Cristo, adquieren un valor extraordinario para la vida de la Iglesia y para el bien de la humanidad.

A vosotros, agentes sanitarios, llamados al más alto, meritorio y ejemplar testimonio de justicia y de amor, os deseo que esta Jornada sea motivo de un renovado estímulo a proseguir en vuestro delicado servicio con apertura generosa a los valores profundos de la persona, al respeto a la dignidad humana y a la defensa de la vida, desde su primer brote hasta su natural ocaso.

Y a vosotros, pastores del pueblo cristiano, a los diversos componentes de la comunidad eclesial, a los voluntarios y, en particular, a quienes se dedican a la pastoral sanitaria, os exhorto a que esta primera Jornada mundial del enfermo ofrezca estímulo y ánimos a todos para continuar con un compromiso renovado vuestro camino de servicio al hombre que vive la prueba y que sufre.

6. En la memoria de Santa María, Virgen de Lourdes, cuyo santuario a los pies de los Pirineos se ha transformado como en un *templo del sufrimiento humano*, nos acercamos -como ella hizo en el Calvario donde se alzaba la cruz de su Hijo- a las cruces del dolor y de la soledad de tantos hermanos y hermanas, para llevarles consuelo, para compartir sus sufrimientos y presentarlos al Señor de la vida, en comunión espiritual con toda la Iglesia.

Que la Virgen, "Salud de los Enfermos" y "Madre de los vivientes", sea nuestro apoyo y nuestra esperanza y, por medio de la celebración de la Jornada del enfermo, acreciente nuestra sensibilidad y nuestra entrega en favor de quienes están viviendo en la prueba, junto con la confiada esperanza en el luminoso día de nuestra salvación, cuando toda lágrima sea enjugada para siempre (cf. *Is* 25, 8). Que nos sea concedido el poder gozar ya desde ahora de las primicias de aquel día con la alegría sobreabundante -aun en medio de todas las tribulaciones (cf. *2 Co* 7, 4)- que, según la promesa de Cristo, nadie nos puede arrebatarse (cf. *Jn* 16, 22).

¡Imparto a todos mi bendición!

Ciudad del Vaticano, 21 de octubre de 1992

JUAN PABLO II

II JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1994)

1. Con motivo de la significativa celebración anual de la *Jornada mundial del enfermo* os dirijo mi afectuoso recuerdo a vosotros, queridísimos hermanos y hermanas, que lleváis en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu los signos del sufrimiento humano.

Os saludo especialmente a vosotros, enfermos que tenéis la gracia de la fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, hecho hombre en el seno de la Virgen María. En él, que se hizo solidario de todos los que sufren, crucificado y resucitado para la salvación de los hombres, encontráis la fuerza necesaria para vivir vuestro sufrimiento como *dolor salvífico*.

Quisiera encontrarme con cada uno de vosotros, que estáis dispersos en toda la tierra, para bendeciros, en el nombre del Señor Jesús, que pasó "*haciendo el bien y curando*" a los enfermos (*Hch* 10, 38). Quisiera poder estar junto a vosotros para consolar vuestras penas, sostener vuestro ánimo y alimentar vuestra esperanza, a fin de que cada uno sepa hacer de sí mismo un don de amor a Cristo para el bien de la Iglesia y del mundo.

Como María al pie de la cruz (cf. *Jn* 19, 25), quisiera detenerme ante el calvario de tantos hermanos y hermanas que en este momento viven el tormento de guerras fratricidas, que languidecen en los hospitales o que llevan luto por sus seres queridos, víctimas de la violencia. La *Jornada mundial* tiene este año su momento celebrativo más solemne en el santuario mariano de Czestochowa, para implorar de la maternal intercesión de la santísima Virgen el don divino de la paz, así como el alivio espiritual y corporal de las personas enfermas o que sufren, que ofrecen sus sacrificios, en silencio, a la Reina de la paz.

2. Con motivo de la *Jornada mundial del enfermo* deseo atraer vuestra atención, queridos enfermos, y la de los agentes sanitarios, de los cristianos y de todas las personas de buena voluntad, hacia el tema del "*dolor salvífico*", es decir, hacia el significado cristiano del sufrimiento, desarrollado en la carta apostólica *Salvifici doloris*, publicada el 11 de febrero, hace diez años.

¿Cómo se puede hablar de dolor salvífico? ¿No es acaso el sufrimiento un obstáculo a la felicidad y un motivo para alejarse de Dios? Existen ciertamente tribulaciones que, desde el punto de vista humano, parecen sin sentido.

En realidad, si el Señor Jesús, Verbo encarnado, ha proclamado "Bienaventurados los que lloran" (*Mt* 5, 5), es porque existe un punto de vista más alto, el de Dios, que llama a todos a la vida y -aunque a través del dolor y de la muerte- a su reino eterno de amor y de paz.

¡Dichosa la persona que logra hacer resplandecer la luz de Dios en la pobreza de una vida de sufrimiento o disminuida!

3. Para alcanzar esta luz sobre el dolor, debemos, en primer lugar, escuchar la palabra de Dios, contenida en la sagrada Escritura, que puede definirse también como "*un gran libro sobre el sufrimiento*" (*Salvifici doloris*, 6). En ella encontramos, efectivamente, una "*amplia gama de situaciones dolorosas para el hombre*" (*ib.*, 7), la multiforme experiencia del mal, que suscita inevitablemente la pregunta: "¿Por qué?" (*ib.*, 9).

Esta pregunta ha encontrado en el libro de Job su expresión más dramática y, al mismo tiempo, una primera respuesta parcial. El episodio de aquel hombre justo, probado de todas las maneras a pesar de su inocencia, muestra que "*no es cierto que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga un carácter de castigo*" (*ib.*, 11).

La respuesta plena y definitiva a Job es Cristo. "*Solamente en el misterio del Verbo encarnado encuentra el misterio del hombre su verdadera luz*" (*Gaudium et spes*, 22). En Cristo, también el dolor es injertado en el misterio de la *caridad infinita*, que se irradia desde Dios *trino* y se transforma en expresión de amor e instrumento de redención, es decir, en dolor salvífico.

El *Padre* es quien elige el don total del Hijo como camino para restaurar la alianza con los hombres, que era ineficaz por el pecado: "*Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Hijo unigénito, a fin de que quien crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna*" (*Jn* 3, 16).

Es el *Hijo* quien "se encamina hacia su propio sufrimiento, consciente de su fuerza salvífica; va obediente hacia el Padre, pero ante todo *está unido al Padre en el amor*, con el cual él ha amado el mundo y al hombre en el mundo" (*Salvifici doloris*, 16).

El *Espíritu Santo*, por boca de los profetas, es quien anuncia el sufrimiento que el Mesías voluntariamente abraza por los hombres y, de alguna manera, en lugar de los hombres: "*Y, con todo, eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba. [...]. Y el Señor descargó sobre él la culpa de todos nosotros*" (*Is* 53, 4. 6).

4. ¡Admiremos, hermanos y hermanas, el diseño de la divina Sabiduría! Cristo "*se acercó... al mundo del sufrimiento humano por el hecho de haber asumido este sufrimiento en sí mismo*" (*Salvifici doloris*, 16): se hizo en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (cf. *Hb* 4, 15; *1 P* 2, 22), asumió nuestra condición humana con todas sus limitaciones, incluida la muerte (cf. *Flp* 2, 7-8), ofreció su vida por nosotros (cf. *Jn* 10, 17; *Jn* 3, 16) para que vivamos la vida nueva en el Espíritu (cf. *Rm* 6, 4; 8, 9-11).

A veces sucede que bajo el peso de un dolor agudo e insoportable alguien se dirija a Dios con una queja, acusándole de injusticia; pero la queja muere en los labios de quien contempla al Crucificado que sufre "voluntaria e inocentemente" (*Salvifici doloris*, 18) ¡No se puede acusar a un Dios solidario con los sufrimientos humanos!

5. La pasión del Señor es la perfecta revelación del valor salvífico del dolor: "*En la cruz de Cristo no solamente se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido*" (*ib.*, 19). Cristo "*ha abierto su sufrimiento al hombre*" y el hombre descubre en él sus propios sufrimientos "*enriquecidos con un nuevo contenido y con un nuevo significado*" (*ib.*, 20).

La razón, que ya percibe la distinción existente entre el dolor y el mal, cuando es iluminada por la fe, comprende que todo sufrimiento puede ser, por gracia, una prolongación del misterio de la Redención, la cual, aun siendo completa en Cristo, "*permanece constantemente abierta a todo amor que se expresa en el sufrimiento humano*" (*ib.*, 24)

Todas las tribulaciones de la vida pueden ser signos y premisas de la gloria futura: "*Alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo -nos exhorta san Pedro en su primera carta- para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria*" (*1 P* 4, 13).

6. Sabéis por experiencia, queridos enfermos, que en vuestra situación tenéis más necesidad de ejemplos que de palabras. Sí; todos tenemos necesidad de modelos que nos animen a caminar por la senda de la santificación del dolor.

En esta memoria de Nuestra Señora de Lourdes, contemplamos a María como una *imagen viva del evangelio del sufrimiento*.

Recorred con la mente los episodios de su vida. Hallaréis a María en la pobreza de la casa de Nazaret, en la humillación de la gruta de Belén, en las estrecheces de la huída a Egipto, en la fatiga del humilde y bendito trabajo con Jesús y con José.

Sobre todo después de la profecía de Simeón, que anunciaba la participación de la Madre en los sufrimientos del Hijo (cf. *Lc* 2, 34), María experimentó en lo más profundo de su ser un misterioso presagio de dolor. Junto a su Hijo, también ella comenzó a dirigirse hacia la cruz.

"Fue en el Calvario donde el sufrimiento de María santísima, junto al de Jesús, alcanzó un vértice ya difícilmente imaginable en su profundidad desde el punto de vista humano, pero ciertamente misterioso y sobrenaturalmente fecundo para los fines de la salvación universal" (*Salvifici doloris*, 25).

La Madre de Jesús fue preservada del pecado, pero no del sufrimiento. Por ello, el pueblo cristiano se identifica con la figura de la Virgen Dolorosa, descubriendo en el dolor sus propios dolores. Al contemplarla, cada fiel penetra más íntimamente en el misterio de Cristo y de su dolor salvífico.

Tratemos de entrar en comunión con el Corazón inmaculado de la Madre de Jesús, en el que se ha reflejado de forma única e incomparable el dolor del Hijo para la salvación del mundo. Acojamos a María, constituida por Cristo, en el Calvario, Madre espiritual de sus discípulos, y encomendémonos a ella, para ser fieles a Dios en el itinerario que va desde el bautismo a la gloria.

7. Me dirijo ahora a vosotros, agentes sanitarios, médicos, enfermeros y enfermeras, capellanes y hermanas religiosas, personal técnico y administrativo, asistentes sociales y voluntarios.

Como el buen samaritano, estáis al lado y al servicio de los enfermos y de quienes sufren, respetando en ellos, por encima de todo y siempre, la dignidad de persona y, con los ojos de la fe, reconociendo la presencia de Jesús sufriente. Alejaos de la indiferencia que puede derivar de la rutina; renovad cada día el compromiso de ser hermanos y hermanas para todos, sin discriminación alguna; a la insustituible aportación de vuestra profesionalidad, unida a la idoneidad de las estructuras, añadid el "corazón", único capaz de humanizarlas (*Salvifici doloris*, 29).

8. Me dirijo, finalmente, a vosotros, responsables de las naciones, a fin de que consideréis la sanidad como un problema de primera importancia a escala mundial.

Una de las finalidades de la *Jornada mundial del enfermo* consiste en realizar una labor de amplia sensibilización sobre los problemas, graves e inderogables, que afectan a la sanidad y a la salud. Dos tercios de la humanidad, aproximadamente, carecen aún de la asistencia sanitaria esencial, mientras que los recursos empleados en este sector son a menudo insuficientes. El programa de la Organización mundial de la salud -*Salud para todos en el año dos mil-*, que podría parecer un espejismo, debe estimular a una competición en la solidaridad práctica. Los extraordinarios progresos de la ciencia y de la técnica, y el desarrollo de los medios de comunicación, contribuyen a que esta esperanza sea cada vez más consistente.

9. Queridísimos enfermos, sostenidos por la fe, afrontad el mal en todas sus formas, sin desánimos y sin caer en el pesimismo. Aceptad la posibilidad abierta por Cristo de transformar vuestra situación en expresión de gracia y de amor. Así, también vuestro dolor será salvífico y contribuirá a completar los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia (cf. *Col 1, 24*).

A todos vosotros, a los agentes sanitarios y a cuantos se dedican al servicio de quien sufre, expreso mis mejores deseos de gracia y paz, salvación y salud, fuerza para vivir, esfuerzo constante y una esperanza indefectible. Junto con la maternal asistencia de la santísima Virgen, *Salus infirmorum*, os acompañe y os reconforte siempre mi afectuosa bendición.

Vaticano, 8 de diciembre de 1993

JUAN PABLO II

III JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1995)

1. Los gestos de salvación de Jesús hacia "quienes eran esclavos del mal" (*Misal romano*, Prefacio común VII) han encontrado siempre una continuación significativa en la solicitud de la Iglesia hacia los enfermos. Por ello, ésta manifiesta a los que sufren su atención de formas muy diferentes, entre las cuales goza de particular relevancia, en el contexto actual, la institución de la *Jornada mundial del enfermo*. Esta iniciativa, que ha encontrado una gran acogida entre quienes se interesan por la condición de las personas que sufren, pretende dar un nuevo estímulo a la acción pastoral y caritativa de la comunidad cristiana, de tal manera que la misma asegure una presencia cada vez más eficaz e incisiva en la sociedad.

Se trata de una exigencia especialmente sentida en nuestro tiempo, que contempla cómo poblaciones enteras viven entre enormes calamidades a causa de crueles conflictos, cuyo precio más alto suelen pagar los débiles. ¿Cómo no reconocer que nuestra civilización "debería darse cuenta de que, bajo diferentes puntos de vista, es una civilización *enferma*, que genera profundas alteraciones en el hombre"? (*Carta a las familias*, 20).

Está *enferma* por el egoísmo difundido, por el utilitarismo individualista propuesto a menudo como modelo de vida, por la negación o la indiferencia que, a veces, se demuestra hacia el destino trascendente del hombre, por la crisis de valores espirituales y morales que tanto preocupa a la humanidad. La *patología* del espíritu no es menos peligrosa que la *patología* física, y ambas se influyen recíprocamente.

2. En el mensaje para la Jornada del enfermo del año pasado recordé el décimo aniversario de la publicación de la Carta apostólica *Salvifici doloris*, que trata del significado cristiano del sufrimiento humano. En esta ocasión quisiera atraer la atención hacia la proximidad del décimo aniversario de otro acontecimiento eclesial muy significativo para la pastoral de los enfermos. Con el Motu proprio *Dolentium hominum*, del 11 de febrero de 1985, instituí la Comisión pontificia, que fue después Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, el cual, a través de múltiples iniciativas, "manifiesta la solicitud de la Iglesia hacia los enfermos ayudando a aquellos que desarrollan un servicio hacia los enfermos y los que sufren, a fin de que el apostolado de la misericordia, con el que les asisten, responda cada vez mejor a las nuevas exigencias" (constitución apostólica *Pastor Bonus*, art. 152).

La cita más importante de la próxima Jornada mundial del enfermo, que celebraremos el 11 de febrero de 1995, tendrá lugar en tierras africanas, en el santuario de María, Reina de la paz, de Yamusukro, en Costa de Marfil. Será un encuentro eclesial espiritualmente vinculado a la Asamblea especial para Africa del Sínodo de los obispos; y será, al mismo tiempo, una ocasión para participar en el gozo de la Iglesia de Costa de Marfil, que recuerda el centenario de la llegada de los primeros misioneros.

Encontrarse en el continente africano para una conmemoración tan significativa y emotiva, y especialmente en el santuario mariano de Yamusukro, invita a una reflexión sobre la *relación entre el dolor y la paz*. Se trata de una relación muy profunda: cuando no hay paz, el sufrimiento se extiende y la muerte dilata su poder entre los hombres. Tanto en la comunidad social como en la familiar, cuando el entendimiento pacífico se debilita, se produce una proliferación de atentados contra la vida, mientras que el servicio a la vida, su promoción y defensa, aun a costa del sacrificio personal, constituyen la premisa indispensable para una auténtica construcción de la paz individual y social.

3. En los umbrales del tercer milenio, la paz, por desgracia, está aún lejana, y no son pocos los

síntomas de un posible alejamiento ulterior. A menudo resultan difíciles la identificación de las causas y la búsqueda de los remedios. Incluso entre los cristianos a veces se libran sangrientas luchas fratricidas. Pero quienes se ponen, con ánimo abierto, a la escucha del Evangelio no pueden cesar de exigirse a sí mismos y a los demás el compromiso del perdón y de la reconciliación. Están llamados a presentar, en el altar de la trémula oración cotidiana, junto con los enfermos de todo el mundo, la ofrenda del sufrimiento que Cristo aceptó como medio para redimir a la humanidad y salvarla.

La cruz de Cristo, en la que todos hemos sido salvados, es la fuente de la paz. El cristiano, llamado a la unión con Cristo (cf. *Col* 1, 24) y a sufrir como Cristo (cf. *Lc* 9, 23; 21, 12-19; *Jn* 15, 18-21), con la aceptación y el ofrecimiento del sufrimiento, anuncia la fuerza constructiva de la cruz. En efecto, si la guerra y la división son fruto de la violencia y del pecado, la paz es fruto de la justicia y del amor, que tienen su vértice en el ofrecimiento generoso del sufrimiento personal llevado, si es necesario, hasta la entrega de la propia vida en unión con Cristo. "Cuanto más amenazado se encuentra el hombre por el pecado, tanto más pesadas son las estructuras del pecado que lleva consigo el mundo de hoy, tanto mayor es la elocuencia que posee en sí el sufrimiento humano. Y tanto más la Iglesia siente la necesidad de recurrir al valor de los sufrimientos humanos para la salvación del mundo" (carta apostólica *Salvifici doloris*, 27).

4. La valorización del sufrimiento y su ofrecimiento por la salvación del mundo son ya en sí acción y misión de paz, porque por el testimonio valeroso de los débiles, de los enfermos y de los que sufren, puede surgir la mayor contribución para la paz. El sufrimiento, en efecto, estimula una comunión espiritual más profunda, favoreciendo, por una parte, la recuperación de una mayor calidad de la vida y promoviendo, por otra, el compromiso convencido en favor de la paz entre los hombres.

El creyente sabe que, asociándose a los sufrimientos de Cristo, se convierte en un auténtico artífice de paz. Es un misterio insondable, cuyos frutos aparecen con evidencia en la historia de la Iglesia y, especialmente, en la vida de los santos. Si existe un sufrimiento que provoca la muerte, existe también, según el plan de Dios, un sufrimiento que lleva a la conversión y a la transformación del corazón del hombre (cf. *2 Co* 7, 10): es el sufrimiento el que, en cuanto complemento en la propia carne de "lo que falta" a la pasión de Cristo (cf. *Col* 1, 24), se transforma en razón y fuente de gozo, porque genera vida y paz.

5. Queridos hermanos y hermanas que sufrís en el cuerpo y en el espíritu, os deseo a todos que sepáis reconocer y acoger *la llamada de Dios para ser artífices de paz a través del ofrecimiento de vuestro dolor*. No es fácil responder a una llamada tan exigente. Mirad siempre con confianza a Jesús "Siervo sufriente", pidiéndole la fuerza necesaria para transformar en donación la prueba que os aflige. Escuchad con fe su voz, que repite a cada uno: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso" (*Mt* 11, 28).

Que la Virgen María, Madre de los dolores y Reina de la paz, obtenga para cada creyente el don de una fe sólida, de la que el mundo tiene suma necesidad. Gracias a ella las fuerzas de mal, del odio y de la discordia, serán desarmadas por el sacrificio de los débiles y enfermos, unido al misterio pascual de Cristo redentor.

6. Me dirijo ahora a vosotros médicos, enfermeros, miembros de asociaciones y grupos de voluntariado, que estáis al servicio de los enfermos. Vuestra obra será auténtico testimonio y acción concreta de paz, si estáis dispuestos a ofrecer amor verdadero a aquellos con quienes estáis en contacto y si, como creyentes, sabéis descubrir en ellos la presencia de Cristo. Esta invitación se dirige de manera muy especial a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas que, por carisma de su instituto o por su forma particular de apostolado, se dedican directamente a la pastoral sanitaria.

Al mismo tiempo que expreso mi alta estima por todo cuanto hacéis con abnegación y entrega generosa, deseo que quienes se dedican a la profesión médica y de enfermería lo hagan con entusiasmo y disponibilidad generosa, y ruego al Dueño de la mies que envíe numerosos y santos obreros a trabajar en el vasto campo de la salud, tan importante para el anuncio y el testimonio del Evangelio.

Pido a María, Madre de los que sufren, que esté siempre al lado de los que viven en la prueba y que sostenga el esfuerzo de los que consagran su vida al servicio de los enfermos.

Con estos sentimientos imparto de todo corazón a vosotros, queridísimos enfermos, y a todos los que de cualquier manera están junto a vosotros en vuestras múltiples necesidades materiales y espirituales, una bendición apostólica especial.

Vaticano, 21 de noviembre de 1994, decimoséptimo año de mi pontificado.

JUAN PABLO II

IV JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1996)

1. «No te preocupes por esta enfermedad ni por ninguna otra desgracia. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y mi amparo? ¿No soy yo tu salud?». El humilde indígena Juan Diego de Cuautitlán escuchó estas palabras de los labios de la santísima Virgen, en diciembre de 1531, al pie de la colina de Tepeyac, hoy llamada Guadalupe, después de haber implorado la curación de un pariente.

Mientras la Iglesia en la amada nación mexicana recuerda el primer centenario de la coronación de la venerada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe (1895-1995), es particularmente significativa la elección del famoso santuario de la ciudad de México como lugar para el momento más solemne de la celebración de la próxima Jornada mundial del enfermo, el 11 de febrero de 1996.

Esta jornada se halla en el centro de la fase antepreparatoria (1994-1996) del tercer milenio cristiano que debe «servir para reavivar en el pueblo cristiano la conciencia del valor y del significado que el jubileo del año 2000 supone en la historia humana» (*Tertio millennio adveniente*, 31). La Iglesia mira con confianza los acontecimientos de nuestro tiempo y entre los «signos de esperanza presentes en este último fin de siglo» reconoce el camino realizado «por la ciencia, por la técnica y sobre todo por la medicina al servicio de la vida humana» (*ib.*, 46). Bajo el signo de esta esperanza, iluminada por la presencia de María, *Salud de los enfermos*, y como preparación de la IV Jornada del enfermo, me dirijo a los que llevan en su cuerpo y en su espíritu los signos del sufrimiento humano, así como a cuantos, en el servicio fraterno que les brindan, desean realizar un perfecto seguimiento del Redentor. En efecto, «como Cristo (...) fue enviado por el Padre "a anunciar la buena noticia a los pobres, (...) a sanar a los de corazón destrozado" (Lc 4, 18), "a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10), también la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren bajo el peso de la debilidad humana; más aún, descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y sufriente» (*Lumen gentium*, 8).

2. Amadísimos hermanos y hermanas que experimentáis de modo particular el sufrimiento, estáis llamados a una misión peculiar en el ámbito de la nueva evangelización, inspirándoos en María, Madre del amor y del dolor humano. En este difícil testimonio os sostienen los agentes sanitarios, vuestros familiares y los voluntarios que os acompañan a lo largo del camino diario de la prueba. Como recordé en mi reciente carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, «María santísima, que estará presente de un modo, por así decir, "transversal" a lo largo de toda la fase preparatoria» del gran jubileo del año 2000, «como ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo», para que escuchemos su voz materna que nos repite: «Haced lo que Cristo os diga» (cf. nn. 43 y 54).

Aceptando esta invitación del corazón de la *Salus infirmorum*, os será posible imprimir a la nueva evangelización un singular carácter de anuncio del evangelio de la vida, con la mediación misteriosa del testimonio del evangelio del sufrimiento (cf. *Evangelium vitae*, 1; *Salvifici doloris*, 3). «Una pastoral sanitaria bien organizada forma parte igualmente de la tarea evangelizadora» (*Discurso a la IV asamblea plenaria de la Comisión pontificia para América Latina*, n. 8; 23 de junio de 1995: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 30 de junio de 1995, p. 10).

3. La Madre de Jesús es ejemplo y guía de este anuncio eficaz, puesto que «María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone "en medio", o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede más bien "tener el derecho de" hacer presente al

Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María "intercede" por los hombres. No sólo: como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida» (*Redemptoris Mater*, 21).

Esta misión hace siempre presente en la vida de la Iglesia a la *Salus infirmorum* que, como en los albores de la Iglesia (cf. *Hch* 1, 14), sigue siendo también hoy «ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva» (*Lumen gentium*, 65).

La celebración del momento más solemne de la Jornada mundial del enfermo en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe une idealmente la primera evangelización del nuevo mundo con la nueva. En efecto, entre los pueblos de América Latina «el Evangelio ha sido anunciado, presentando a la Virgen María como su realización más alta (...). Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la evangelización» (*Documento de Puebla*, 1979, nn. 282 y 446). Por esta razón, en el nuevo mundo, desde hace cinco siglos se venera a la santísima Virgen como «primera evangelizadora de América Latina», como «estrella de la evangelización» (*Carta a los religiosos y a las religiosas de América Latina en el V Centenario de la evangelización del nuevo mundo*, 31).

4. La Iglesia, en el cumplimiento de su tarea misionera, sostenida y consolada por la intercesión de María santísima, ha escrito páginas significativas de solicitud por los enfermos y los que sufren en América Latina. También hoy la pastoral sanitaria sigue ocupando un lugar destacado en la acción apostólica de la Iglesia, que tiene la responsabilidad de numerosos lugares de asistencia y atención, y realiza su obra entre los más pobres con apreciada dedicación en el campo sanitario, gracias al compromiso generoso de tantos hermanos en el episcopado, sacerdotes, religiosos, religiosas y muchos fieles laicos, que han desarrollado una notable sensibilidad ante los que sufren.

Además, si desde América Latina se extiende la mirada a todo el mundo, nos encontramos con innumerables confirmaciones de esta solicitud materna de la Iglesia por los enfermos. También hoy, quizá sobre todo hoy, se eleva de la humanidad el llanto de multitudes probadas por el sufrimiento. Enteras poblaciones están atormentadas a causa de la crueldad de la guerra. Las víctimas de los conflictos todavía en curso son, sobre todo, los más débiles: las madres, los niños y los ancianos. ¡Cuántos seres humanos, debilitados por el hambre y las enfermedades, no pueden contar ni siquiera con las formas más elementales de asistencia! Y donde éstas afortunadamente existen, ¡cuántos son los enfermos oprimidos por el temor y la desesperación, a causa de la incapacidad de dar un sentido constructivo al propio sufrimiento a la luz de la fe!

Los meritorios y también heroicos esfuerzos de tantos agentes sanitarios y la creciente aportación de personal voluntario no bastan para cubrir las necesidades concretas. Pido al Señor que suscite un número aún mayor de personas generosas, que sepan dar a quien sufre el consuelo no sólo de la asistencia física, sino también del apoyo espiritual, presentándoles las perspectivas consoladoras de la fe.

5. Amadísimos enfermos y vosotros, familiares y agentes sanitarios que compartís su difícil camino, sentíos protagonistas de la renovación evangélica en el itinerario espiritual hacia el gran jubileo del año 2000. En el inquietante panorama de las antiguas y nuevas formas de agresión contra la vida que caracterizan la historia de nuestros días, sois como la multitud que trataba de tocar al Señor «porque salía de él una fuerza que sanaba a todos» (*Lc* 6, 19). Precisamente ante esa multitud de gente Jesús pronunció el *sermón de la montaña*, proclamando bienaventurados a los que lloran (cf. *Lc* 6, 21). *Sufrir y estar cerca de quien sufre*: quien vive en la fe estas dos situaciones entra en contacto particular con los sufrimientos de Cristo y es admitido

a compartir «una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo» (*Salvifici doloris*, 27).

6. Amadísimos hermanos y hermanas que os encontráis en la prueba, ofreced generosamente vuestro dolor en comunión con Cristo sufriente y con María, su dulcísima Madre. Y vosotros, que trabajáis diariamente junto a quienes sufren, haced de vuestro servicio una valiosa contribución a la evangelización. Sentíos todos parte viva de la Iglesia, puesto que en vosotros la comunidad cristiana está llamada a confrontarse con la cruz de Cristo, para dar al mundo razón de la esperanza evangélica (cf. *1 P* 3, 15). «Os pedimos a todos los que sufrís, que nos ayudéis. Precisamente a vosotros, que sois débiles, pedimos que seáis una fuente de fuerza para la Iglesia y para la humanidad. En la terrible batalla entre las fuerzas del bien y del mal que nos presenta el mundo contemporáneo, venza vuestro sufrimiento en unión con la cruz de Cristo» (*Salvifici doloris*, 31).

7. Mi llamamiento también se dirige a vosotros, pastores de las comunidades eclesiales, y a vosotros, responsables de la pastoral sanitaria, para que con una preparación adecuada os dispongáis a celebrar la próxima Jornada mundial del enfermo mediante iniciativas encaminadas a sensibilizar al pueblo de Dios e incluso a la sociedad civil, ante los vastos y complejos problemas de la sanidad y de la salud.

Y vosotros, agentes sanitarios médicos, farmacéuticos, enfermeros, capellanes, religiosos, religiosas, administradores y voluntarios, y en especial vosotras, las mujeres, pioneras en el servicio sanitario y espiritual a los enfermos, haceos todos promotores y promotoras de comunión entre los enfermos, entre sus familiares y en la comunidad eclesial.

Estad al lado de los enfermos y sus familias haciendo que cuantos se encuentran en la prueba no se sientan marginados. De este modo, la experiencia del dolor se convertirá para cada uno en escuela de entrega generosa.

8. Extiendo complacido este llamamiento a los responsables civiles en todos los niveles para que, en la atención y el compromiso de la Iglesia a favor del mundo del sufrimiento, vean una ocasión de diálogo, encuentro y colaboración, a fin de construir una civilización que, impulsada por la solicitud hacia el que sufre, avance cada vez más por el camino de la justicia, la libertad, el amor y la paz. Sin justicia el mundo no conocerá la paz; sin la paz el sufrimiento crecerá de forma ilimitada.

Invoco la ayuda materna de María sobre cuantos sufren y sobre todos los que se dedican a su servicio. Que la Madre de Jesús, venerada desde hace siglos en el insigne santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, escuche el clamor de tantos sufrimientos, enjugue las lágrimas de quien se halla inmerso en el dolor, y esté al lado de todos los enfermos del mundo. Queridos enfermos, que la santísima Virgen presente a su Hijo el ofrecimiento de vuestras penas, en las que se refleja el rostro de Cristo en la cruz.

Acompaña este deseo con la seguridad de mi oración ferviente, mientras imparto de corazón a todos mi bendición apostólica.

Vaticano, 11 de octubre de 1995, memoria de la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia.

JUAN PABLO II

V JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1997)

1. La próxima Jornada Mundial del Enfermo se celebrará el 11 de febrero de 1997 en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima en la noble Nación portuguesa. El lugar elegido tiene mucho significado para mí. En efecto, me fue grato visitarlo en el aniversario del atentado a mi persona en la Plaza San Pedro, para agradecer a la divina Providencia, ya que por su inescudriñable designio este dramático hecho coincidió misteriosamente con el aniversario de la primera aparición de la Madre de Jesús, el 13 de mayo de 1917, en la Gruta de Iría.

Por tanto, me complace que se desarrolle en Fátima la celebración oficial de una Jornada como la del Enfermo que tanto amo. Ella será para cada uno ocasión propicia para colocarse a la escucha del mensaje de la Virgen, que tiene como centro fundamental "la llamada a la conversión y a la penitencia, como pide el Evangelio. Esta llamada ha sido pronunciada a comienzos del siglo XX y, por lo mismo, ha sido dirigida especialmente a este siglo. Al parecer, la Señora del mensaje ha leído con especial perspicacia los signos de los tiempos, los signos de nuestro tiempo" (*Alocución en Fátima*, 13 de mayo de 1982, en *Enseñanzas V/2* [1982], p. 1580).

Si escuchamos a la Virgen Santísima, para nosotros será posible descubrir de modo vivo y conmovedor su misión en el misterio de Cristo y de la Iglesia: misión que ya encontramos en el Evangelio cuando María anima a Jesús para iniciar los milagros, diciendo a los siervos durante la fiesta nupcial en Caná de Galilea: "Haced lo que él os diga" (*Jn* 2, 5). En Fátima, ella es eco de una palabra específica pronunciada por el Hijo al inicio de su misión pública: "El tiempo se ha cumplido...; convertíos y creed en la Buena Nueva" (*Mc* 1, 15). La invitación insistente de María santísima para que hagamos penitencia no es sino la manifestación de su preocupación materna por el porvenir de la familia humana, necesitada de conversión y de perdón.

2. En Fátima, María es portadora también de otras palabras del Hijo. En la Gruta de Iría resuena, de modo especial, la invitación de Cristo: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré" (*Mt* 11, 28). Las muchedumbres de peregrinos que, de todas partes del mundo, llegan a esa tierra bendita ¿no son acaso un elocuente testimonio de la necesidad de consuelo y alivio que innumerables personas experimentan en la propia vida?

Ante todo, son los que sufren quienes se sienten atraídos ante la perspectiva del "alivio" que el Médico divino es capaz de dar a quien va a El con confianza. Y en Fátima este alivio está presente: a veces como alivio físico, cuando en su providencia Dios concede la curación de la enfermedad; y más a menudo, el alivio espiritual, cuando el alma, invadida por la luz interior de la gracia, encuentra la fuerza de aceptar el peso doloroso de la enfermedad transformándolo, mediante la comunión con Cristo, siervo sufriente, en instrumento de redención y de salvación para sí y para los hermanos.

La voz materna de María nos indica el sendero que debemos seguir en este difícil camino, pues en la historia y en la vida de la Iglesia, y particularmente en nuestro tiempo, ella continúa repitiendo las palabras: "Haced lo que él os diga".

3. La Jornada Mundial del Enfermo es una ocasión preciosa para volver a escuchar y para acoger la exhortación de la Madre de Jesús a quien, al pie de la Cruz, le fue confiada la humanidad (cfr. *Jn* 19, 25-27). La Jornada se coloca en el primer año del "triduo" preparatorio del Grande Jubileo del año 2,000: un año completamente dedicado a la reflexión sobre Cristo. Esta reflexión sobre la centralidad de Cristo "no puede ser separada del reconocimiento del papel desempeñado por su Santísima Madre... María, dedicada

constantemente a su Divino Hijo, se propone a todos los cristianos como modelo de fe vivida" (Carta Ap. *Tertio millennio adveniente*, n. 43).

La ejemplaridad de María encuentra su expresión más elevada en la invitación para contemplar el Crucifijo y aprender de El que, al asumir totalmente la condición humana, ha querido ofrecerse voluntariamente para cargar nuestros sufrimientos y ofrecerse al Padre como víctima inocente para nosotros hombres y para nuestra salvación, "con poderoso clamor y lágrimas" (*Hb* 5, 7). De este modo El ha redimido el sufrimiento, transformándolo en don de amor salvífico.

4. ¡Queridos hermanos y hermanas, que sufrís en el espíritu y en el cuerpo! No cedáis ante la tentación de considerar el dolor como experiencia únicamente negativa, hasta el punto de dudar de la bondad de Dios. Cada enfermo encuentra en el Cristo sufriente el significado de sus padecimientos. El sufrimiento y la enfermedad pertenecen a la condición del hombre, criatura frágil y limitada, marcada desde el inicio por el pecado original. Sin embargo, en Cristo muerto y resucitado la humanidad descubre una nueva dimensión de su sufrimiento: en vez de ser una derrota, el sufrimiento se manifiesta como ocasión propicia para ofrecer un testimonio de fe y de amor.

Amados enfermos, sabed encontrar en el amor "el sentido salvífico de su dolor y las respuestas válidas a todos vuestros interrogantes" (Carta Ap. *Salvifici doloris*, n. 31). Vuestra misión es de altísimo valor tanto para la Iglesia como para la sociedad. "Vosotros que lleváis el peso del sufrimiento estáis en los primeros puestos que corresponden a los que ama el Señor. Del mismo modo como hizo a todos los que El encontró en los caminos de la Palestina, Jesús os ha dirigido una mirada llena de ternura; su amor nunca disminuirá" (*Discurso a los enfermos y a los que sufren*, Tours, 21 de setiembre de 1996, 2, en *L'Osservatore Romano* 23/24 de setiembre de 1996, p.4). Sed testigos generosos de este amor privilegiado a través del don de vuestro sufrimiento, de grande alcance para la salvación del género humano.

En una sociedad como la actual, que busca construir su futuro en el bienestar y en el consumismo y todo lo evalúa de acuerdo a la eficiencia y al provecho, al no poder negarlos, la enfermedad y el sufrimiento son marginados o vaciados de significado con la ilusión de superarlos a través de los únicos medios ofrecidos por el progreso de la ciencia y de la técnica.

Indudablemente, la enfermedad y el sufrimiento son un límite y una prueba para la mente humana. Mas, a la luz de la Cruz de Cristo, son un momento privilegiado de crecimiento en la fe y un instrumento precioso para contribuir, en unión con Jesús Redentor, a la realización del proyecto divino de la salvación.

5. En la página evangélica referente al juicio final, cuando "el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles" (*Mt* 25, 31), encontramos los criterios según los cuales se pronunciará la sentencia. Como bien sabemos, estos criterios están resumidos en la solemne afirmación conclusiva: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, más pequeños, a mí me lo hicisteis" (*Mt* 25, 40). En estos "hermanos más pequeños" están incluidos los enfermos (cf. *Mt* 25, 36), a menudo solos y marginados por la sociedad. La sensibilización de la opinión pública para con ellos es una de las finalidades principales de la celebración de la Jornada Mundial del Enfermo: estar cerca a quien sufre, para que haga fructificar su sufrimiento incluso a través de la ayuda de quienes están a su lado para curarlo y asistirlo; este es el compromiso al que nos llama la Jornada.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, es preciso acercarnos al hombre que sufre como "buenos samaritanos". Es necesario aprender a "servir en los hombres al Hijo del hombre", como decía el Beato Luigi Orione (cf. *Scritti* 57, 104). Es necesario saber ver con ojos solidarios los sufrimientos de los propios hermanos, no "pasar de lado", sino hacerse "prójimo", deteniéndonos junto a ellos, con gestos de servicio y de amor que buscan la salud integral de

la persona humana. Una sociedad se cualifica gracias a los cuidados que presta a quienes sufren y por la actitud que adopta hacia ellos.

En el mundo donde vivimos, demasiados seres humanos están al margen del amor de la comunidad familiar y social. Apareciéndose en Fátima a tres pobres pastorcitos para transformarlos en anunciadores del mensaje evangélico, la Virgen Santísima ha querido renovar su liberador *Magnificat*, como voz de "los que no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social ni son víctimas de la 'alienación' - como se dice hoy - sino proclaman con Ella que Dios *exalta a los humildes* y, si es el caso, *derriba a los potentes de su trono*" (*Homilía en el Santuario de Zapopan*, 30 de enero de 1979, 4, en *Enseñanzas II/1* [1979], p. 295).

6. Por tanto, también en esta circunstancia renuevo una firme llamada a los responsables de los poderes públicos, a las organizaciones sanitarias internacionales y nacionales, a los agentes sanitarios, a las asociaciones de voluntariado y a todos los hombres de buena voluntad, para que se unan al compromiso de la Iglesia que, adhiriendo a la enseñanza de Cristo, desea anunciar el Evangelio mediante el testimonio del servicio ofrecido a quienes sufren.

La Virgen Santísima, que en Fátima ha secado tantas lágrimas, nos ayude para transformar esta Jornada Mundial del Enfermo en un momento cualificante de "nueva evangelización".

Con estos deseos, mientras invoco sobre las iniciativas promovidas en ocasión de esta Jornada la protección materna de María, Madre del Señor y Madre nuestra, gustoso imparto a vosotros, amadísimos enfermos, a vuestros familiares, a los agentes sanitarios, a los voluntarios y a todos los que están a vuestro lado con espíritu de solidaridad en vuestros sufrimientos, mi afectuosa Bendición.

Vaticano, 18 de octubre de 1996

JUAN PABLO II

VI JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1998)

¡Amadísimos Hermanos y Hermanas!

1. La celebración de la próxima *Jornada Mundial del Enfermo*, el 11 de febrero de 1998, tendrá lugar en el Santuario de Loreto. Al recordar el momento en el que el Verbo se hizo carne en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, el lugar que ha sido elegido nos invita a fijar nuestra mirada en el misterio de la Encarnación.

En mis varias visitas a este "primer Santuario de alcance internacional dedicado a la Virgen y que durante muchos siglos ha sido el verdadero corazón mariano de la cristiandad" (*Carta a Mons. Pasquale Macchi*, Delegado Pontificio para el Santuario de Loreto, 15 de agosto de 1993), siempre he sentido la cercanía especial de los numerosos y confiados enfermos que aquí acuden. "¿Dónde podrían ser mejor acogidos que en la casa de Aquella que las "letanías lauretanas" nos hacen invocar como "salud de los enfermos" y "consoladora de los afligidos"? (*ibid.*).

La elección de Loreto se armoniza bien con la larga tradición de la amorosa atención de la Iglesia hacia los que sufren en el cuerpo y en el espíritu. Este lugar estimulará la oración que los fieles elevan al Señor por los enfermos confiando en la intercesión de María. Asimismo, esta importante cita es para la Comunidad eclesial una ocasión para detenerse con devoto recogimiento ante la Santa Casa, "imagen" de un acontecimiento y de un misterio fundamental cual es la Encarnación del Verbo, para acoger la luz y la fuerza del Espíritu que transforma el corazón del hombre en *morada de esperanza*.

2. "Y El Verbo se hizo carne" (*Jn* 1, 14). En el Santuario de Loreto, más que en otros, es posible advertir el profundo sentido de estas palabras del evangelista Juan. De las paredes de la Santa Casa, Jesucristo, "Dios con nosotros", nos habla con especial vigor sobre el amor del Padre (cfr. *Jn* 3, 16), que en la Encarnación redentora encontró su más alta manifestación. Buscando al hombre, Dios mismo se ha hecho hombre, estableciendo un puente entre la trascendencia divina y la condición humana. "Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo... obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz" (*Flp* 2, 6-8). Cristo no ha venido para eliminar nuestras penas, sino para compartirlas y, asumiéndolas, darles un valor salvífico: haciéndose partícipe de la condición humana, con sus límites y sus dolores, El la ha redimido. La salvación realizada por El, ya prefigurada en las curaciones de los enfermos, abre *horizontes de esperanza* a quienes se encuentran en la difícil estación del sufrimiento.

3. "Por obra del Espíritu Santo". El misterio de la Encarnación es obra del Espíritu, que en la Trinidad es "la Persona-amor, el don increado... fuente eterna de toda dádiva que proviene de Dios en el orden de la creación, el principio directo y, en cierto modo, el sujeto de la autocomunicación de Dios en el orden de la gracia" (Carta Enc. *Dominum et vivificantem* 50). A El ha sido dedicado el año 1998, segundo de preparación inmediata al Jubileo del 2.000.

Infundido en nuestros corazones, el Espíritu Santo hace que sintamos de manera inefable al "Dios cercano" que Cristo nos ha revelado: "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (*Gal* 4, 6). El es el verdadero *custodio de la esperanza* de todas las criaturas humanas y, de manera especial, de aquéllas que "poseen las primicias del Espíritu" y "anhelan la redención de su cuerpo" (cfr. *Rm* 8, 23). Como proclama la Secuencia litúrgica de la Solemnidad de Pentecostés, en el corazón del hombre el Espíritu Santo se convierte en verdadero "padre de los pobres, dador de dones, luz de los corazones"; se vuelve "dulce huésped del alma" que da "descanso" en la fatiga, "reparo" en el "calor" del día, "consuelo" en las inquietudes, en las luchas y peligros de todo

tiempo. Es el Espíritu que da al corazón humano la fuerza para afrontar las situaciones difíciles y para superarlas.

4. "*En el seno de la Virgen María*". Al contemplar las paredes de la Santa Casa, nos parece escuchar aún el eco de las palabras con las cuales la Madre del Señor dio su consentimiento y su cooperación en el proyecto salvífico de Dios: *heme aquí*, el abandono generoso; *fiat*, la sumisión confiada. Siendo *capacidad pura de Dios*, María hizo de su vida una cooperación constante en la obra salvífica realizada por su Hijo Jesús.

En este segundo año de preparación al Jubileo, debemos contemplar e imitar a María "sobre todo como la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, *mujer de esperanza*, que supo acoger como Abraham la voluntad de Dios "esperando contra toda esperanza" (*Rm 4, 18*)" (Ex. ap. *Tertio millennio adveniente*, 48). Cuando se declaró *esclava del Señor*, María sabía que se ponía al servicio de su amor hacia los hombres. Mediante su ejemplo Ella nos ayuda a comprender que la aceptación incondicional de la soberanía de Dios pone al hombre en una actitud de total disponibilidad. De este modo, la Virgen se convierte en "*modelo*" de la atención vigilante y de la compasión hacia el que sufre. Después de haber acogido con generosidad el mensaje del Ángel, tiene un significado especial el hecho de que inmediatamente la Virgen se dirigió para servir a Isabel. Más tarde, ante la situación embarazosa de los esposos en Caná de Galilea, captará su petición de ayuda, convirtiéndose así en el reflejo elocuente del amor benévolo de Dios. El *servicio* de la Virgen encontrará su manifestación máxima al participar en el sufrimiento y en la muerte de su Hijo cuando, a los pies de la cruz, acogerá la misión como Madre de la Iglesia.

Contemplando a la Virgen, *Salud de los enfermos*, muchos cristianos han aprendido a lo largo de los siglos a revestir de ternura materna su asistencia a los enfermos.

5. La contemplación del misterio de la Encarnación, que nos recuerda con tanta inmediatez la Casa de Loreto, hace revivir la fe en la obra salvífica de Dios, que ha liberado en Cristo al hombre del pecado y de la muerte y ha abierto el corazón a la esperanza de cielos nuevos y de tierra nueva (cfr. *2P 3, 13*). En un mundo lacerado por sufrimientos, contradicciones, egoísmos y violencias, el creyente está convencido de que "la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto" (*Rm 8, 22*) y, a través de la palabra y de la vida, asume el compromiso de ser testigo de Cristo resucitado.

Por esta razón, en la exhortación Apostólica *Tertio millennio adveniente* he invitado a los creyentes a valorar "los signos de esperanza presentes en este final de siglo, a pesar de las sombras que con frecuencia los esconden a nuestros ojos", y a poner particular atención en "los progresos realizados por la ciencia, por la técnica y sobre todo por la medicina al servicio de la vida humana" (n. 46). Sin embargo, los resultados positivos obtenidos para eliminar las enfermedades y aliviar los sufrimientos no deben hacernos olvidar las numerosas situaciones en las que se ignora y atropella el valor central y la dignidad de la persona humana, como sucede cuando se considera la Sanidad en términos de lucro y no de servicio solidario, cuando se deja sola a la familia ante los problemas de la salud o cuando las personas más débiles de la sociedad se ven obligadas a soportar las consecuencias de una injusta falta de atención y de discriminaciones.

Con ocasión de esta *Jornada Mundial del Enfermo* deseo animar a la Comunidad eclesial a renovar el compromiso para transformar la sociedad humana en una "*casa de esperanza*", en colaboración con los creyentes y los hombres de buena voluntad.

6. Este compromiso requiere que la *Comunidad eclesial* viva la comunión: sólo donde los hombres y las mujeres, mediante la escucha de la Palabra, la oración y la celebración de los sacramentos, se vuelven "un corazón y un alma sola", se desarrolla la solidaridad fraterna y se progresa compartiendo los bienes, y se cumple lo que san Pablo recuerda a los cristianos de

Corinto: "Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él" (1Co 12, 26).

La Iglesia, mientras se prepara al Gran Jubileo del 2000, está llamada a intensificar sus esfuerzos para traducir en proyecto concreto la comunión sugerida por las palabras del Apóstol. Las diócesis, las parroquias y todas las Comunidades eclesiales han de hacer lo posible para presentar los temas de la salud y de la enfermedad a la luz del Evangelio; han de animar la promoción y la defensa de la vida y de la dignidad de la persona humana, desde su concepción hasta su fin natural; deben realizar de manera concreta y visible la opción preferencial por los pobres y los marginados y, entre éstos, dedicar una amorosa atención a las víctimas de las nuevas enfermedades sociales, a los minusválidos, a los enfermos crónicos, a los moribundos y a los que a causa de desórdenes políticos y sociales están obligados a dejar su tierra y a vivir en condiciones precarias e incluso inhumanas.

Las comunidades que saben vivir la auténtica *diaconía* evangélica, viendo en el pobre y en el enfermo "a su Señor y Patrón", son el anuncio valeroso de la resurrección y contribuyen a renovar eficazmente la esperanza "en la llegada definitiva del Reino de Dios".

7. Queridos *enfermos*, en la Comunidad eclesial se os reserva un puesto especial. La condición de sufrimiento en la que vivís y el anhelo de recuperar la salud os hacen particularmente sensibles al valor de la esperanza. Confío a la intercesión de María vuestra aspiración al bienestar del cuerpo y del espíritu y os exhorto a iluminarla y a elevarla con la virtud teologal de la *esperanza*, don de Cristo.

Ella os ayudará para que otorguéis un significado nuevo al sufrir, transformándolo en *camino de salvación*, en ocasión de evangelización y redención. En efecto, "el sufrir puede tener también un significado positivo para el hombre y para la misma sociedad, llamado como está a convertirse en una forma de participación en el sufrimiento salvador de Cristo y en su alegría de resucitado y, por tanto, una fuerza de santificación y edificación de la Iglesia" (*Christifideles laici*, 54; cfr. Carta Enc. *Salvifici doloris*, 23). Modelada en aquélla de Cristo y habitada por el Espíritu Santo, vuestra experiencia del dolor proclamará la fuerza victoriosa de la Resurrección.

8. Naturalmente, la contemplación de la Santa Casa nos lleva a detenernos en la *Familia de Nazaret*, en la que no faltaron las pruebas: en un himno litúrgico se le llama "experta en el sufrir" (*Breviario Romano*, Oficio de las Lecturas en la solemnidad de la Sagrada Familia). Sin embargo, la "santa y dulce morada" (*ibid.*) vivía también en la alegría del más límpido gozo.

Mi deseo es que de esa morada llegue a cada familia humana, herida por el sufrimiento, el don de la serenidad y de la confianza. Al mismo tiempo que invito a la Comunidad eclesial y civil a ocuparse de las difíciles situaciones en las que se encuentran muchas familias bajo el peso impuesto por la enfermedad de un pariente, recuerdo que el mandamiento del Señor de visitar a los enfermos está dirigido en primer lugar a los familiares del enfermo. La asistencia a los familiares enfermos, realizada con un espíritu de amorosa donación de sí y sostenida por la fe, por la oración y por los sacramentos, puede transformarse en instrumento terapéutico insustituible para el enfermo y ser para todos ocasión para descubrir preciosos valores humanos y espirituales.

9. En este marco, dirijo un pensamiento especial a los *agentes sanitarios y de la pastoral* sanitaria, a los profesionales y voluntarios, que viven continuamente al lado de las necesidades de los enfermos. Deseo animaros para que mantengáis siempre un elevado concepto de la tarea que os ha sido confiada y nunca os dejéis abrumar por las dificultades y las incomprensiones. Estar comprometidos en el mundo sanitario no sólo quiere decir combatir el mal, sino sobre todo promover la calidad de la vida humana. Asimismo, el cristiano, consciente de que la "gloria de Dios es el hombre viviente", honra a Dios en el cuerpo humano tanto en sus aspectos exaltantes de fuerza, de vitalidad y belleza como en aquéllos de fragilidad y de

desmoronamiento. Proclama siempre el valor trascendente de la persona humana, cuya dignidad permanece intacta no obstante la experiencia del dolor, de la enfermedad y del avanzar de los años. Gracias a la fe en la victoria de Cristo sobre la muerte, espera con confianza en el momento en el que el Señor "transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas" (*Flp 3, 21*).

Contrariamente a los que "no tienen esperanza" (cfr. *1Ts 4, 13*), el creyente sabe que la estación del sufrir representa una ocasión de vida nueva, de gracia y de resurrección. Expresa esta certeza por medio del compromiso terapéutico, la capacidad de acogida y de seguimiento, la participación a la vida de Cristo comunicada en la oración y en los sacramentos. Ocuparse del enfermo y del moribundo, ayudar al *hombre exterior* que se va desmoronando, para que el *hombre interior* se renueve cada día (cfr. *2 Co 4, 16*), ¿no es quizás cooperar en el *proceso de resurrección* que el Señor ha puesto en la historia de los hombres con el misterio pascual y que encontrará su plena realización al final de los tiempos? ¿No es dar razón de la esperanza (cfr. *1P 3, 15*) que nos ha sido dada? En cada lágrima enjugada está presente el anuncio de los tiempos últimos, una anticipo de la plenitud final (cfr. *Ap 21, 4 e Is 25, 8*).

Consciente de esto, la Comunidad cristiana hace todo lo que está a su alcance para asistir a los enfermos y promover la calidad de vida, colaborando con todos los hombres de buena voluntad. Ella realiza su delicada misión al servicio del hombre tanto en la confrontación respetuosa y firme con las fuerzas que expresan diferentes visiones morales, como en su contribución laboriosa a la legislación sobre el ambiente, en el apoyo a una distribución equitativa de los recursos sanitarios y en la promoción de una mayor solidaridad entre pueblos ricos y pobres (cfr. *Tertio millennio adveniente, 46*).

10. Confío a María, Consoladora de los afligidos, aquéllos que sufren en el cuerpo y en el espíritu, al igual que los agentes sanitarios y todos cuantos generosamente se dedican a la asistencia de los enfermos.

A Ti, Virgen lauretana, confiados, dirigimos nuestra mirada.

A Ti, "vida, dulzura, *esperanza nuestra*", pedimos la gracia de saber esperar el alba del tercer milenio con los mismos sentimientos que vibraban en tu corazón, mientras esperabas el nacimiento de tu Hijo Jesús.

Que tu protección nos libere del pesimismo, haciéndonos entrever en medio de las sombras de nuestro tiempo las huellas luminosas de la presencia del Señor.

A tu ternura de madre confiamos las lágrimas, los suspiros y las esperanzas de los enfermos. Te pedimos que descienda, sobre sus heridas, benéfico, el bálsamo de la consolación y de la esperanza y que, unido al de Jesús, su dolor se transforme en instrumento de redención.

Que tu ejemplo nos guíe para que nuestra existencia sea una continua alabanza al amor de Dios. Haz que seamos atentos a las necesidades de los demás, solícitos para ayudar a los que sufren, capaces de acompañar al que está solo, constructores de esperanza allí donde se consuman los dramas del hombre.

En cada etapa, alegre o triste, de nuestro camino, con amor de madre, muéstranos a "tu Hijo Jesús, ¡oh clemente, oh pía, oh dulce Virgen María!". Amén.

En Vaticano, 29 de junio de 1997, Solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo

JUAN PABLO II

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (1999)

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. La próxima Jornada mundial del enfermo, el 11 de febrero de 1999, según una tradición que ya se va consolidando, tendrá su momento celebrativo más solemne en un importante santuario mariano.

La elección del santuario de Nuestra Señora de Harisa, en la colina desde la que se domina Beirut, asume, por las circunstancias de tiempo y lugar, múltiples y profundos significados. La tierra en la que se halla este santuario es el Líbano que, como destaqué en otra ocasión, «es algo más que un país; es un mensaje (...) y un ejemplo (...) tanto para Oriente como para Occidente» (carta apostólica sobre la situación en el Líbano, 7 de septiembre de 1989, n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 1 de octubre de 1989, p. 2).

Desde el santuario de Harisa la vigilante estatua de la santísima Virgen María contempla la costa mediterránea, tan cercana a la tierra en la que Jesús pasó «proclamando la buena nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (*Mt* 4, 23). No muy lejos se halla la región donde se conservan los cuerpos de los mártires Cosme y Damián, que, acogiendo el mandato de Cristo de «proclamar el reino de Dios y curar a los enfermos» (*Lc* 9, 2), lo cumplieron con tanta generosidad que merecieron el título de *santos médicos «anargiros»*, pues ejercían la medicina sin cobrar.

La Iglesia universal, en el ámbito de la preparación al gran jubileo del año 2000, dedicará el año 1999 a una reflexión más atenta sobre Dios Padre. En su primera carta, el apóstol san Juan nos recuerda que «Dios es Amor» (*1 Jn* 4, 8.16). La reflexión sobre ese misterio no puede menos de reavivar la virtud teologal de la caridad, en su doble dimensión de amor a Dios y a los hermanos.

2. Desde esta perspectiva, la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los que sufren en el cuerpo y en el espíritu asumirá, durante este último tramo del segundo milenio de la era cristiana, el carácter de un «camino de auténtica conversión al Evangelio». Eso suscitará, sin duda, una creciente búsqueda de la unidad entre todos los hombres con vistas a la construcción de la civilización del amor (cf. carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 50-52), con el signo de la Madre de Jesús, «ejemplo perfecto de amor tanto a Dios como al prójimo» (*ib.*, 54).

¿Qué lugar de la tierra, mejor que el Líbano, podría ser hoy símbolo de unidad entre los cristianos y de encuentro de todos los hombres en la comunión del amor? En efecto, la tierra libanesa, además de ser lugar de convivencia entre comunidades católicas de diversas tradiciones y entre varias comunidades cristianas, es una encrucijada de múltiples religiones. Como tal, puede servir muy bien de laboratorio para «construir juntos un futuro de convivencia y colaboración, con vistas al desarrollo humano y moral» de los pueblos (exhortación apostólica postsinodal *Una esperanza nueva para el Líbano*, 93).

La Jornada mundial del enfermo, que tendrá su punto de convergencia precisamente en el Líbano, invita a la Iglesia universal a preguntarse sobre su servicio con respecto a aquella condición que, poniendo de manifiesto más que cualquier otra los límites y la fragilidad de las criaturas humanas, suscita también su recíproca solidaridad. Así, la Jornada se convierte en un momento privilegiado de referencia al Padre y de exhortación a vivir el mandamiento principal del amor, de cuyo cumplimiento todos seremos llamados a rendir cuentas (cf. *Mt* 25, 31-46). El modelo en que hemos de inspirarnos nos lo muestra Jesús mismo con la figura del buen Samaritano, parábola fundamental para comprender plenamente el mandamiento del

amor al prójimo (cf. *Lc* 10, 25-37).

3. La próxima Jornada mundial del enfermo debe situarse, por tanto, en el marco de una sensibilidad particular con respecto al deber de la caridad, que el encuentro de reflexión, estudio y oración en el santuario de Nuestra Señora de Harisa —meta de peregrinaciones de todas las comunidades libanesas cristianas de las diversas Iglesias e incluso de devotos musulmanes— subrayará sin lugar a dudas. Como consecuencia, se sentirá más vivamente la necesidad de unidad a través del «*ecumenismo de las obras*» que, en la atención a los enfermos, a los que sufren, a los marginados, a los pobres y a los que carecen de todo, es el más urgente, y al mismo tiempo el menos arduo, de los caminos ecuménicos, como lo demuestra la experiencia. Por este camino no sólo será posible buscar la «*unidad plena*» entre cuantos profesan el nombre cristiano, sino también abrirse al diálogo interreligioso en un lugar como el Líbano, donde creencias religiosas diversas «*tienen en común cierto número de valores humanos y espirituales indiscutibles*», que pueden impulsar, también «*más allá de las divergencias importantes entre las religiones*», a fijarse ante todo en lo que une (exhortación apostólica postsinodal *Una esperanza nueva para el Líbano*, 13-14).

4. Ninguna pregunta se eleva con mayor intensidad desde los corazones humanos como la de la sanidad y de la salud. Así pues, no ha de sorprendernos que la solidaridad humana, en todos los niveles, pueda y deba desarrollarse con urgencia prioritaria en el ámbito de la sanidad. Por consiguiente, es urgente «*realizar un estudio serio y profundo sobre la organización de los servicios de asistencia sanitaria en las instituciones, con la preocupación de hacer que se transformen en lugares de un testimonio cada vez mayor del amor a los hombres*» (*ib.*, 102).

A su vez, la respuesta que esperan los que sufren debe variar según las condiciones del destinatario, el cual, sobre todas las cosas, desea el don de una participación sincera en su dolor, de un amor solidario y de una entrega generosa hasta el heroísmo.

La contemplación del misterio de la paternidad de Dios se ha de transformar en razón de esperanza para los enfermos y en escuela de esmerada solicitud para los que se dedican a su asistencia.

5. A los *enfermos*, de cualquier edad y condición; a las víctimas de enfermedades de todo tipo, así como de calamidades y tragedias, dirijo mi invitación a abandonarse en los brazos paternos de Dios. Sabemos que el Padre nos ha dado la vida como un don, expresión altísima de su amor, y que sigue siendo don suyo en cualquier circunstancia. Todas nuestras opciones más responsables, cuya meta, a causa de nuestros límites, puede parecernos a veces oscura e incierta, deben ser dirigidas por esta convicción. Sobre ella se basa la invitación del Salmista: «*Encomienda a Dios tus afanes, pues él te sustentará; no permitirá jamás que el justo caiga*» (*Sal* 54, 23).

Comentando estas palabras, san Agustín escribió: «¿Por qué te has de preocupar? ¿De qué te has de precaver? Quien te hizo cuida de ti. Quien cuidó de ti antes de que existieras, ¿cómo no te ha de cuidar siendo ya lo que quiso que fueras? Ya eres fiel; ya caminas por la senda de la justicia. ¿No cuidará de ti Aquel que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los injustos? ¿A ti, que, ya justo, vives de la fe, te desdeñará, te abandonará, te despreciará? Por el contrario, te ampara, te proporciona lo necesario, te extirpa lo malo. Dando, te alienta para que permanezcas; quitando, te corrige para que no perezcas. El Señor cuida de ti, puedes estar seguro. El que te hizo, te sostiene; no caigas de las manos de tu Creador; si caes de sus manos, te quebrarás. El querer hace que permanezcas en sus manos. (...) Abandónate a él. No pienses que caerás en el vacío, como si te arrojaras al precipicio; no te parezca tal cosa. Él dijo: “Yo lleno el cielo y la tierra”. Jamás te faltará. Tú no le faltes a él; tú no te faltes a ti mismo» *Enarraciones sobre los Salmos*, 39, 26-27: CCL 38, 445. Cf. Obras completas de san Agustín, BAC, vol. XIX, Madrid 1964, pp. 755-756).

6. A los *agentes sanitarios* —médicos, farmacéuticos, enfermeros, capellanes, religiosos y religiosas, administradores y voluntarios—, llamados por vocación y profesión a ser custodios y servidores de la vida humana, les señalo una vez más el ejemplo de Cristo: enviado por el Padre como prueba suprema de su infinito amor (cf. *Jn* 3, 16), enseñó al hombre «a hacer bien con el sufrimiento y a hacer bien a quien sufre», desvelando, hasta el fondo, «bajo este doble aspecto, el sentido del sufrimiento» (carta apostólica *Salvifici doloris*, 30).

En la escuela de los que sufren, sabed captar a través de la condescendencia amorosa la razones profundas del misterio del sufrimiento. El dolor del que sois testigos ha de ser la medida de la respuesta de entrega que se espera de vosotros. Y, al prestar este servicio a la vida, estad abiertos a la colaboración de todos, ya que «el tema de la vida y de su defensa y promoción no es prerrogativa única de los cristianos. (...) En la vida hay seguramente un valor sagrado y religioso, pero de ningún modo interpela sólo a los cristianos» (carta encíclica *Evangelium vitae*, 101). Y de la misma forma que los que sufren sólo piden ayuda, así aceptad la ayuda de todos cuando quiere traducirse en respuesta de amor.

7. Hago un apremiante llamamiento a la *comunidad eclesial* a hacer que el año del Padre sea el año de la caridad efectiva, de la caridad de las obras, a través de la plena participación de todas las instituciones eclesiales. San Ignacio de Antioquía escribió a los Efesios que la caridad es el camino que lleva a Dios. La fe y la caridad son el principio y la meta de la vida; la fe es el principio, la caridad es el fin (cf. PG V, 651). Todas las virtudes forman el cortejo de esas dos para llevar al hombre a la perfección. San Agustín, por su parte, enseña: «Así pues, si no dispones de tiempo para escudriñar todas las páginas santas, para quitar todos los velos a sus palabras y penetrar en todos los secretos de las Escrituras, mantente en el amor, del que pende todo; así tendrás lo que allí aprendiste e incluso lo que aún no has aprendido» (*Sermón* 350, 2-3: PL 39, 1534. Cf. Obras completas de san Agustín, BAC, vol. XXVI, Madrid 1985, p. 162).

8. La Virgen María, Nuestra Señora de Harisa, con su ejemplo sublime, acompañe en esta Jornada mundial del enfermo a todos los que sufren; inspire a cuantos dan testimonio de la fe cristiana mediante el servicio a los enfermos; y guíe a todos con mano materna a la casa del Padre de toda misericordia. Ella, que veló por los grandísimos dolores del pueblo libanés, suscite en el mundo, a través de la esperanza que ha vuelto a florecer en esa tierra, una renovada confianza en la fuerza curativa de la caridad y, como hijos extraviados, nos recoja a todos bajo su manto. Que el nuevo milenio, ya a punto de comenzar, inaugure una era de renovada confianza en el hombre, criatura altísima del amor de Dios, que sólo en el amor podrá volver a encontrar el sentido de su vida y de su destino.

Vaticano, 8 de diciembre de 1998

JUAN PABLO II

VIII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2000)

El jubileo nos invita a contemplar el rostro de Jesús Divino Samaritano de las almas y de los cuerpos

1. En la VIII Jornada mundial del enfermo, que tendrá lugar en Roma el 11 de febrero del 2000, año del gran jubileo, la comunidad cristiana analizará la realidad de la enfermedad y del sufrimiento desde la perspectiva del misterio de la encarnación del Hijo de Dios, para que este acontecimiento extraordinario ilumine con nueva luz esas experiencias humanas fundamentales.

En el ocaso del segundo milenio de la era cristiana, la Iglesia, mientras mira con admiración el camino realizado por la humanidad para aliviar el sufrimiento y promover la salud, se pone a la escucha de los interrogantes que surgen en el mundo de la sanidad, para definir mejor su presencia en ese ámbito y responder de modo adecuado a los urgentes desafíos del momento actual.

A lo largo de la historia, el hombre ha aprovechado los recursos de su inteligencia y de su corazón para superar los límites inherentes a su propia condición, y ha logrado grandes conquistas en la tutela de la salud. Basta pensar en la posibilidad de prolongar la vida y mejorar su calidad, aliviar los sufrimientos y valorar las potencialidades de la persona mediante el uso de medicamentos de eficacia segura y de tecnologías cada vez más avanzadas. A esas conquistas se añaden las de carácter social, como la conciencia generalizada del derecho a la asistencia sanitaria y su codificación en las diversas “Cartas de los derechos del enfermo”. Además, no hay que olvidar la significativa evolución que se ha realizado en el sector de la asistencia gracias a la aparición de nuevas aplicaciones sanitarias, de un servicio de enfermería cada vez más cualificado y del fenómeno del voluntariado, que en tiempos recientes ha alcanzado niveles significativos de competencia.

2. Sin embargo, en el ocaso del segundo milenio, no se puede decir que la humanidad ha hecho todo lo posible para aliviar el peso inmenso del sufrimiento que grava sobre las personas, sobre las familias y sobre toda la sociedad.

Al contrario, parece que, especialmente durante este último siglo, se ha ensanchado el río del dolor humano, ya grande por la fragilidad de la naturaleza humana y la herida del pecado original, con el suplemento de sufrimientos infligidos por las opciones malas de las personas y de los Estados: pienso en las guerras que han ensangrentado este siglo, quizá más que cualquier otro de la siempre atormentada historia de la humanidad; pienso en las formas de enfermedad difundidas ampliamente en la sociedad, como la drogadicción, el sida, las enfermedades debidas a la degradación de las grandes ciudades y del ambiente; pienso en el recrudecimiento de la micro y la macrocriminalidad y en las propuestas de eutanasia.

Tengo presentes no sólo las camas de los hospitales, donde yacen tantos enfermos, sino también los sufrimientos de los prófugos, de los niños huérfanos y de las numerosas víctimas de los males sociales y de la pobreza.

Al mismo tiempo, con el eclipse de la fe, especialmente en el mundo secularizado, se añade una ulterior y grave causa de sufrimiento: ya no se capta el sentido salvífico del dolor y el consuelo de la esperanza escatológica.

3. La Iglesia, partícipe de las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de todos los tiempos, ha acompañado y sostenido constantemente a la humanidad en su lucha contra el dolor y en su esfuerzo de promoción de la salud. Al mismo tiempo, se ha comprometido a revelar a los hombres el sentido del sufrimiento y las riquezas de la redención realizada por Cristo Salvador. En la historia ha habido grandes figuras de hombres y mujeres que, guiados por el deseo de imitar a Cristo mediante un profundo amor a sus hermanos

pobres y enfermos, han puesto en marcha innumerables iniciativas de asistencia, realizando obras de bien a lo largo de los últimos dos milenios.

Además de los Padres de la Iglesia y de los fundadores y fundadoras de institutos religiosos, ¿cómo no pensar con admiración en la multitud de personas que, en el silencio y en la humildad, han consagrado su vida al prójimo enfermo, alcanzando en muchos casos las cimas del heroísmo! (cf. *Vita consecrata*, 83). La experiencia diaria muestra cómo la Iglesia, inspirada en el evangelio de la caridad, sigue contribuyendo con un sinfín de obras, hospitales, estructuras sanitarias y organizaciones de voluntarios, al cuidado de la salud y de los enfermos, con particular atención a los más necesitados, en todas partes del mundo, cualquiera que sea o haya sido la causa, voluntaria o involuntaria, de su sufrimiento.

Se trata de una presencia que hay que sostener y promover por el bien precioso de la salud humana, y con la mirada atenta a todas las desigualdades y contradicciones que perduran en el mundo de la sanidad.

4. En efecto, en el decurso de los siglos, además de las luces, ha habido sombras, que han oscurecido y oscurecen aún hoy el cuadro, por muchos aspectos espléndidos, de la promoción de la salud. Pienso, en particular, en las graves desigualdades sociales para acceder a los recursos sanitarios, que existen todavía hoy en vastas áreas del planeta, sobre todo en los países del sur del mundo.

Esta injusta desigualdad afecta, con creciente dramatismo, al sector de los derechos fundamentales de la persona: poblaciones enteras no pueden recibir ni siquiera los medicamentos de primera y urgente necesidad, mientras que en otros lugares existe un abuso y un despilfarro de fármacos incluso costosos. ¿Y qué decir del gran número de hermanos y hermanas que, privados del alimento necesario, son víctimas de todo tipo de enfermedades? Por no hablar de las numerosas guerras que ensangrientan a la humanidad, sembrando muertes, así como múltiples traumas físicos y psicológicos de todo tipo.

5. Frente a estas realidades, es preciso reconocer que, por desgracia, en muchos casos el progreso económico, científico y técnico no ha ido acompañado por un auténtico progreso, centrado en la persona y en la dignidad inviolable de todo ser humano. Incluso las conquistas en el campo de la genética, fundamentales para el cuidado de la salud y, sobre todo, para la tutela de la vida naciente, se convierten en ocasión de opciones inadmisibles, de insensatas manipulaciones y de intereses opuestos al auténtico desarrollo, con resultados a menudo sobrecogedores.

Por una parte, se realizan grandes esfuerzos por prolongar la vida y también por procrearla de modo artificial; pero, por otra, no se permite que nazca quien ya está concebido, y se acelera la muerte de quien ya no es considerado útil. Más aún, mientras con razón se valora la salud, multiplicando las iniciativas para promoverla y llegando a veces a una especie de culto del cuerpo y a la búsqueda hedonista de la eficiencia física, al mismo tiempo se limita a considerar la vida una simple mercancía de consumo, determinando nuevas marginaciones para los minusválidos, los ancianos y los enfermos terminales.

Todas estas contradicciones y situaciones paradójicas son síntomas de falta de armonía entre la lógica del bienestar y la búsqueda del progreso tecnológico, por una parte, y la lógica de los valores éticos fundados en la dignidad de todo ser humano, por otra.

6. En vísperas del nuevo milenio, es de desear que también en el mundo del sufrimiento y de la salud se promueva “una purificación de la memoria”, que lleve a “reconocer las faltas cometidas por quienes han llevado y llevan el nombre de cristianos” (*Incarnationis mysterium*, 11; cf. también *Tertio millennio adveniente*, 33, 37 y 51). La comunidad eclesial está llamada a aceptar, también en este campo, la invitación a la conversión vinculada a la celebración del Año santo.

El proceso de conversión y renovación se facilitará dirigiendo continuamente la mirada a aquel que, “encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad en el sacramento de la Eucaristía como fuente de vida divina” (*Tertio millennio adveniente*, 55).

El misterio de la Encarnación implica que la vida se entienda como don de Dios que hay que conservar con responsabilidad y gastar haciendo el bien; por consiguiente, la salud es un atributo positivo de la vida, que debe buscarse por el bien de la persona y del prójimo. La salud, sin embargo, es un bien “penúltimo” en la jerarquía de los valores, que es preciso cultivar y considerar desde la perspectiva del bien total, y por tanto también espiritual, de la persona.

7. En esta circunstancia, nuestra mirada se dirige en particular a Cristo sufriente y resucitado. Al asumir la condición humana, el Hijo de Dios aceptó vivirla en todos sus aspectos, incluidos el dolor y la muerte, cumpliendo en su persona las palabras pronunciadas durante la última Cena: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (*Jn* 15, 13). Los cristianos, al celebrar la Eucaristía, anuncian y actualizan el sacrificio de Cristo, por “cuyas heridas hemos sido curados” (cf. *1 P* 2, 25), y, uniéndose a él, “conservan en sus sufrimientos una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo, y pueden compartir este tesoro con los demás” (*Salvifici doloris*, 27).

La imitación de Jesús, Siervo sufriente, ha llevado a grandes santos y a creyentes sencillos a convertir la enfermedad y el dolor en fuente de purificación y salvación para sí y para los demás. ¡Qué grandes perspectivas de santificación personal y de cooperación en la salvación del mundo abre a los hermanos y hermanas enfermos el camino trazado por Cristo y por muchos de sus discípulos! Se trata de un itinerario difícil, porque el hombre no encuentra en sí el sentido del sufrimiento y de la muerte, pero es un itinerario que siempre se puede recorrer con la ayuda de Jesús, maestro y guía interior (cf. *Salvifici doloris*, 26-27).

De la misma forma que la resurrección ha transformado las llagas de Cristo en manantial de curación y salvación, así también para todo enfermo la luz de Cristo resucitado confirma que el camino de la fidelidad a Dios en la entrega total de sí hasta la cruz lleva a la victoria y es capaz de transformar incluso la enfermedad en fuente de alegría y resurrección. ¿No es éste el anuncio que resuena en el corazón de toda celebración eucarística, cuando la asamblea proclama: “Anunciamos tu muerte; proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”? Los enfermos, enviados también como obreros a la viña del Señor (cf. *Christifideles laici*, 53), con su ejemplo pueden dar una valiosa contribución a la evangelización de una cultura que tiende a suprimir la experiencia del sufrimiento, incapacitándose para captar su sentido profundo con los estímulos intrínsecos para un crecimiento humano y cristiano.

8. El jubileo nos invita, asimismo, a contemplar el rostro de Jesús, divino Samaritano de las almas y de los cuerpos. La Iglesia, siguiendo el ejemplo de su divino Fundador, “a lo largo de los siglos (...) ha vuelto a copiar la parábola evangélica del buen samaritano en la inmensa multitud de personas enfermas y que sufren, revelando y comunicando el amor de curación y consolación de Jesucristo. Esto ha tenido lugar mediante el testimonio de la vida religiosa consagrada al servicio de los enfermos y mediante el infatigable esfuerzo de todo el personal sanitario” (*Christifideles laici*, 53). Este compromiso no surge de particulares coyunturas sociales, ni hay que entenderlo como un acto facultativo u ocasional; por el contrario, constituye una respuesta insoslayable al mandato de Cristo: “Llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia” (*Mt* 10, 1).

La Eucaristía da sentido al servicio prestado al hombre que sufre en el alma y el cuerpo, pues en ella está no sólo su fuente, sino también su norma. No por casualidad Jesús unió estrechamente la Eucaristía al servicio (cf. *Jn* 13, 2-16), pidiendo a sus discípulos que

perpetuaran en memoria de él no sólo la “fractio panis”, sino también el servicio del lavatorio de los pies.

9. El ejemplo de Cristo, buen Samaritano, debe inspirar la actitud del creyente, induciéndolo a hacerse “prójimo” de sus hermanos y hermanas que sufren, mediante el respeto, la comprensión, la aceptación, la ternura, la compasión y la gratuidad. Se trata de luchar contra la indiferencia que lleva a las personas y los grupos a aislarse de forma egoísta en sí mismos. Con este fin, “la familia, la escuela, las demás instituciones educativas, aunque sólo sea por motivos humanitarios, deben trabajar con perseverancia para despertar y afinar esa sensibilidad hacia el prójimo y su sufrimiento” (*Salvifici doloris*, 29). En quien cree, esta sensibilidad humana se asume en el ágape, es decir, en el amor sobrenatural, que lleva a amar al prójimo por amor a Dios. En efecto, la Iglesia, guiada por la fe, al dispensar afectuosa atención a cuantos están afligidos por el sufrimiento humano, reconoce en ellos la imagen de su Fundador pobre y sufriente, y se apresura a aliviar su indigencia, recordando sus palabras: “Estaba enfermo y me visitasteis” (*Mt* 25, 36).

El ejemplo de Jesús, buen Samaritano, no sólo impulsa a asistir al enfermo, sino también a hacer lo posible por reinsertarlo en la sociedad. En efecto, para Cristo curar es, a la vez, reintegrar: de la misma forma que la enfermedad excluye de la comunidad, así también la curación debe llevar al hombre a reencontrar su lugar en la familia, en la Iglesia y en la sociedad. A cuantos están comprometidos, profesionalmente o por elección voluntaria, en el mundo de la salud, les dirijo una cordial invitación a fijar su mirada en el divino Samaritano, para que su servicio se convierta en prefiguración de la salvación definitiva y en anuncio de los nuevos cielos y de la nueva tierra, “en los que habitará la justicia” (*1 P* 3, 13).

10. Jesús no sólo curó a los enfermos, sino que también fue un incansable promotor de la salud a través de su presencia salvífica, su enseñanza y su acción. Su amor al hombre se manifestaba en relaciones llenas de humanidad, que lo impulsaban a comprender, mostrar compasión y llevar consuelo, uniendo armoniosamente ternura y fuerza. Se conmovía ante la belleza de la naturaleza, era sensible al sufrimiento de los hombres, y combatía el mal y la injusticia. Afrontaba los aspectos negativos de la experiencia con valentía y sin ignorar su peso, y comunicaba la certeza de un mundo nuevo. En él la condición humana mostraba el rostro redimido, y las aspiraciones humanas más profundas encontraban su realización.

Quiere comunicar esta plenitud armoniosa de vida a los hombres de hoy. Su acción salvífica no sólo está ordenada a colmar la indigencia del hombre, víctimas de sus propios límites y errores, sino también a sostener la aspiración a la completa realización de sí. Él abre ante el hombre también la perspectiva de la vida divina: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn* 10, 10).

La Iglesia, llamada a continuar la misión de Jesús, debe hacerse promotora de vida ordenada y plena para todos.

11. En el ámbito de la promoción de la salud y de una calidad de vida entendida rectamente, dos deberes merecen una atención particular por parte del cristiano. Ante todo, la defensa de la vida. En el mundo contemporáneo muchos hombres y mujeres luchan por una mejor calidad de vida, en el respeto a la vida misma, y reflexionan en la ética de la vida para disipar la confusión de los valores, presente a veces en la cultura actual.

Como recordaba en el encíclica *Evangelium vitae*, “es significativo el despertar de una reflexión ética sobre la vida. Con el nacimiento y desarrollo cada vez más extendido de la bioética se favorece la reflexión y el diálogo -entre creyentes y no creyentes, así como entre creyentes de diversas religiones-sobre problemas éticos, incluso fundamentales, que afectan a la vida del hombre” (n. 27). Sin embargo, hay también personas que, por desgracia, cooperan en la formación de una preocupante cultura de la muerte con la difusión de una mentalidad

imbuida de egoísmo y materialismo hedonista, y con el apoyo social y legal a la supresión de la vida.

En el origen de esta cultura hay con frecuencia una actitud prometeica del hombre, que se engaña creyéndose “señor de la vida y de la muerte porque decide sobre ellas, cuando en realidad es derrotado y aplastado por una muerte cerrada irremediamente a toda perspectiva de sentido y esperanza” (*Evangelium vitae*, 15). Cuando la ciencia y el arte médico corren el riesgo de perder su dimensión ética original, incluso los profesionales del mundo de la salud “pueden estar a veces fuertemente tentados de convertirse en manipuladores de la vida o incluso en agentes de muerte” (*ib.*, 89).

12. En este marco, los creyentes están llamados a desarrollar una mirada de fe sobre el valor sublime y misterioso de la vida, incluso cuando se presenta frágil y vulnerable. “Esta mirada no se rinde desconfiada ante quien está enfermo, sufriendo, marginado o a las puertas de la muerte; sino que se deja interpelar por todas estas situaciones para buscar un sentido y, precisamente en estas circunstancias, encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad” (*ib.*, 83).

Esta tarea incumbe particularmente a los profesionales de la salud: médicos, farmacéuticos, enfermeros, capellanes, religiosos y religiosas, administradores y voluntarios que, en virtud de su profesión, están llamados de modo especial a ser custodios de la vida humana. Pero esa tarea interpela también a todos los demás seres humanos, comenzando por los familiares de la persona enferma. Saben que “el deseo que brota del corazón del hombre ante el supremo encuentro con el sufrimiento y la muerte, especialmente cuando siente la tentación de caer en la desesperación y casi de abatirse en ella, es sobre todo aspiración de compañía, de solidaridad y de apoyo en la prueba. Es petición de ayuda para seguir esperando, cuando todas las esperanzas humanas se desvanecen” (*ib.*, 67).

13. El segundo deber, al que los cristianos no pueden sustraerse, concierne a la promoción de una salud digna del hombre. En nuestra sociedad existe el peligro de hacer de la salud un ídolo al que se subordina cualquier otro valor. La visión cristiana del hombre contrasta con una noción de salud reducida a pura vitalidad exuberante, satisfecha de la propia eficiencia física y absolutamente cerrada a toda consideración positiva del sufrimiento. Dicha visión, descuidando las dimensiones espirituales y sociales de la persona, termina por perjudicar su verdadero bien. Precisamente porque la salud no se limita a la perfección biológica, también la vida vivida en el sufrimiento ofrece espacios de crecimiento y autorrealización, y abre el camino al descubrimiento de nuevos valores.

Esta visión de la salud, fundada en una antropología respetuosa de la persona en su integridad, lejos de identificarse con la simple ausencia de enfermedades, se presenta como aspiración a una armonía más plena y a un sano equilibrio físico, psíquico, espiritual y social. Desde esta perspectiva, la persona misma está llamada a movilizar todas las energías disponibles para realizar su propia vocación y el bien de los demás.

14. Este modelo de salud compromete a la Iglesia y a la sociedad a crear una ecología digna del hombre. En efecto, el ambiente tiene una relación con la salud del hombre y de las poblaciones: constituye “la casa” del ser humano y el conjunto de los recursos confiados a su custodia y a su gobierno, “el jardín que debe conservar y el campo que debe cultivar”. Sin embargo, la ecología externa a la persona ha de ir acompañada de una ecología interior y moral, la única que responde a una recta concepción de la salud.

Así, la salud del hombre, considerada en su integridad, se convierte en atributo de la vida, recurso para el servicio al prójimo y apertura a la acogida de la salvación.

15. En el año de gracia del jubileo, “año de perdón de los pecados y de las penas por los pecados, año de reconciliación entre los adversarios, año de múltiples conversiones y de

penitencia sacramental y extrasacramental” (*Tertio millennio adveniente*, 14), invito a los pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los fieles y a los hombres de buena voluntad, a afrontar con valentía los desafíos que se presentan en el mundo del sufrimiento y de la salud.

Quiera Dios que el Congreso eucarístico internacional, que se celebrará en Roma en el año 2000, sea el centro ideal desde el cual se irradien oraciones e iniciativas destinadas a hacer viva y operante la presencia del divino Samaritano en el mundo de la salud.

Deseo de corazón que, gracias a la contribución de los hermanos y hermanas de todas las Iglesias cristianas, la celebración del jubileo del año 2000 marque el desarrollo de una colaboración ecuménica en el servicio amoroso a los enfermos, para testimoniar de modo comprensible a todos la búsqueda de la unidad por los caminos concretos de la caridad.

Dirijo un llamamiento específico a los organismos internacionales políticos, sociales y sanitarios, para que en todas partes del mundo se conviertan en promotores convencidos de proyectos concretos para la lucha contra todo lo que atenta contra la dignidad y la salud de la persona.

Que en el camino de participación activa en las experiencias de los hermanos y hermanas enfermos, nos acompañe la Virgen Madre, la cual, al pie de la cruz (cf. *Jn* 19, 25), compartió los sufrimientos de su Hijo, y habiéndose convertido en experta en el sufrimiento, ejerce su constante y amorosa protección en favor de cuantos viven en el cuerpo y en el espíritu los límites y las heridas de la condición humana.

A ella, Salud de los enfermos y Reina de la paz, le encomiendo a los enfermos y a cuantos están cerca de ellos, para que con su intercesión materna les ayude a ser propagadores de la civilización del amor.

Con estos deseos, imparto a todos una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 6 de agosto de 1999, fiesta de la Transfiguración del Señor.

JUAN PABLO II

IX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2001

1. La comunidad cristiana, enriquecida por la gracia del gran jubileo y por la contemplación del misterio del Verbo encarnado, en el que el dolor humano encuentra "su supremo y más seguro punto de referencia" (*Salvifici doloris*, 31), se dispone a vivir, el 11 de febrero de 2001, la IX Jornada mundial del enfermo. La catedral de Sydney, en Australia, es el lugar designado para celebrar ese acontecimiento tan significativo. La elección del continente australiano, con su riqueza cultural y étnica, pone de relieve el estrecho vínculo de la comunión eclesial, que supera las distancias, favoreciendo el encuentro entre identidades culturales diversas, fecundadas por el único anuncio liberador de la salvación. La catedral de Sydney está dedicada a la Virgen María, Madre de la Iglesia. Esto subraya la dimensión mariana de la Jornada mundial del enfermo, que ya desde hace nueve años se celebra en el día de la memoria de la Virgen de Lourdes. María, como Madre amorosa, hará sentir, una vez más, su protección no sólo con respecto a los enfermos del continente australiano, sino también a los enfermos de todo el mundo, así como a todos los que ponen a su servicio su competencia profesional y, a menudo, toda la vida.

Además, como en el pasado, la Jornada será una ocasión de oración y apoyo para las innumerables instituciones que se dedican al cuidado de los que sufren. Será motivo de aliento para muchos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos creyentes, que en nombre de la Iglesia tratan de responder a las expectativas de las personas enfermas, privilegiando a los más débiles y luchando para que la cultura de la muerte sea derrotada, y triunfe por doquier la cultura de la vida (cf. *Evangelium vitae*, 100). Al haber compartido también yo, durante estos años, en varias ocasiones, la experiencia de la enfermedad, he comprendido cada vez más claramente su valor para mi ministerio petrino y para la vida misma de la Iglesia. A la vez que expreso mi afecto y mi solidaridad a los que sufren, los invito a contemplar con fe el misterio de Cristo, crucificado y resucitado, para llegar a descubrir en sus sufrimientos el designio amoroso de Dios. Sólo contemplando a Jesús, "varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento" (*Is 53*, 3), es posible encontrar serenidad y confianza.

2. En esta Jornada mundial del enfermo, que tiene por tema "La nueva evangelización y la dignidad del hombre que sufre", la Iglesia desea poner de relieve la necesidad de evangelizar de un modo nuevo este ámbito de la experiencia humana, para favorecer su orientación al bienestar integral de la persona y al progreso de todas las personas en las diversas partes del mundo. El tratamiento eficaz de las diferentes patologías, el empeño por seguir investigando y la inversión de recursos adecuados constituyen objetivos laudables que se persiguen con éxito en vastas áreas del planeta. Aun apreciando los esfuerzos realizados, no se puede ignorar que no todos los hombres gozan de las mismas oportunidades. Por eso, dirijo un apremiante llamamiento para que se trabaje por favorecer el necesario desarrollo de los servicios sanitarios en los países, todavía numerosos, que no pueden ofrecer a sus habitantes unas condiciones de vida dignas y una tutela adecuada de la salud. Asimismo, espero que las innumerables potencialidades de la medicina moderna se pongan al servicio efectivo del hombre y se apliquen con pleno respeto de su dignidad.

A lo largo de estos dos mil años de historia, la Iglesia siempre ha tratado de apoyar el progreso terapéutico con el fin de prestar una ayuda cada vez más cualificada a los enfermos. En las diversas situaciones, ha intervenido con todos los medios posibles para que se respetaran los derechos de la persona y se buscara siempre el auténtico bienestar del hombre (cf. *Populorum progressio*, 34). También hoy, el Magisterio, fiel a los principios del Evangelio, propone sin cesar los criterios morales que pueden orientar a los hombres de la medicina a profundizar aspectos de la investigación que aún no están suficientemente claros, sin violar las exigencias que brotan de un auténtico humanismo.

3. Cada día me dirijo espiritualmente en peregrinación a los hospitales y a los centros sanitarios, donde viven personas de toda edad y de toda clase social. Sobre todo quisiera detenerme al lado de los enfermos hospitalizados, de sus familiares y del personal sanitario. Esos lugares son una especie de santuarios, en los que las personas participan en el misterio pascual de Cristo. Allí incluso los más distraídos se ven impulsados a interrogarse acerca de su existencia y su significado, y acerca del porqué del mal, del sufrimiento y de la muerte (cf. *Gaudium et spes*, 10). Precisamente por eso es importante que en esos centros nunca falte la presencia cualificada y significativa de los creyentes.

Así pues, ¿cómo no dirigir un apremiante llamamiento a los profesionales de la medicina y de la asistencia, para que aprendan de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos, a ser para sus hermanos auténticos "buenos samaritanos"! En particular, ¿cómo no desear que cuantos se dedican a la investigación traten de buscar con todo empeño los medios idóneos para promover la salud integral del ser humano y combatir las consecuencias de los males! ¿Cómo no desear, asimismo, a los que se dedican directamente al cuidado de los enfermos que estén siempre atentos a las necesidades de los que sufren, conjugando en el ejercicio de su profesión competencia y humanidad!

Los hospitales, los centros para enfermos o ancianos, y cualquier casa donde se acoge a personas que sufren, constituyen ámbitos privilegiados de la nueva evangelización; por eso precisamente allí ha de resonar el mensaje del Evangelio, portador de esperanza. Sólo Jesús, el divino samaritano, es para todo ser humano que busca paz y salvación la respuesta plenamente satisfactoria a las expectativas más profundas. Cristo es el Salvador de todo hombre y de todo el hombre. Por eso, la Iglesia no se cansa de anunciarlo, para que el mundo de la enfermedad y la búsqueda de la salud sean vivificados por su luz.

Así pues, es importante que al inicio del tercer milenio cristiano se dé nuevo impulso a la evangelización del mundo de la sanidad como lugar especialmente indicado para convertirse en un valioso laboratorio de la civilización del amor.

4. En estos años ha aumentado el interés por la investigación científica en el campo médico y por la modernización de las estructuras sanitarias. No se puede por menos de contemplar favorablemente esa tendencia, pero, al mismo tiempo, es preciso reafirmar la necesidad de que esté siempre guiada por la preocupación de prestar un servicio efectivo al enfermo, sosteniéndolo de manera eficaz en la lucha contra la enfermedad. Desde esta perspectiva, se habla cada vez más de asistencia "integral", es decir, atenta a las necesidades biológicas, psicológicas, sociales y espirituales del enfermo y de los que lo rodean. Especialmente en lo relativo a las medicinas, las terapias y las intervenciones quirúrgicas, es necesario que la experimentación clínica se realice con un respeto absoluto de la persona y con una clara conciencia de los riesgos, y consiguientemente de los límites, que implica.

En este campo los profesionales cristianos están llamados a testimoniar sus convicciones éticas, dejándose iluminar constantemente por la fe. La Iglesia aprecia el esfuerzo de quienes, dedicándose con entrega y profesionalidad a la investigación y a la asistencia, contribuyen a elevar la calidad del servicio que se ofrece a los enfermos.

5. La distribución equitativa de los bienes, querida por el Creador, constituye un imperativo urgente también en el sector de la salud: es preciso que, por fin, cese la persistente injusticia que, sobre todo en los países pobres, priva a gran parte de la población de los cuidados indispensables para la salud.

Se trata de un grave escándalo, frente al cual los responsables de las naciones no pueden por menos de sentirse comprometidos a hacer todo lo posible para que quienes carecen de medios materiales puedan gozar al menos de la atención sanitaria básica. Promover la "salud para todos" es un deber primario de todo miembro de la comunidad internacional. Para los

cristianos, además, se trata de un compromiso íntimamente vinculado al testimonio de su fe; saben que deben proclamar de manera concreta el evangelio de la vida, promoviendo su respeto y rechazando cualquier forma de atentado contra ella, desde el aborto hasta la eutanasia. En este marco se sitúa también la reflexión sobre el uso de los recursos disponibles. Su limitación exige que se establezcan criterios morales claros, capaces de iluminar las decisiones de los pacientes o de sus tutores frente a tratamientos extraordinarios, costosos o arriesgados. En cualquier caso, se deberá evitar caer en formas de ensañamiento terapéutico (cf. *Evangelium vitae*, 65).

Quisiera manifestar aquí mi estima por todas las personas e instituciones, especialmente religiosas, que prestan un generoso servicio en este sector, respondiendo con valentía a las necesidades urgentes de personas y poblaciones en regiones o países de gran pobreza. La Iglesia les expresa de nuevo su aprecio por la aportación que siguen dando en este vasto y delicado campo apostólico. En particular, quisiera exhortar a los miembros de las familias religiosas comprometidas en la pastoral de la salud, para que respondan con audacia a los desafíos del tercer milenio, siguiendo las huellas de sus fundadores. Frente a los nuevos dramas y a las enfermedades que han sustituido las epidemias del pasado, es urgente la labor de *buenos samaritanos* capaces de prestar a los enfermos los cuidados necesarios, sin permitir que les falte, al mismo tiempo, el apoyo espiritual para vivir en la fe su difícil situación.

6. Pienso con particular afecto en los innumerables religiosos y religiosas que en hospitales y en centros sanitarios "de frontera", juntamente con un número cada vez mayor de laicos y laicas, están escribiendo páginas admirables de caridad evangélica. A menudo trabajan en medio de impresionantes conflictos bélicos y diariamente arriesgan su vida por salvar la de sus hermanos. Por desgracia, no son pocos los que mueren a causa de su servicio en favor del evangelio de la vida.

Deseo recordar, asimismo, a las numerosas organizaciones no gubernamentales que han surgido en estos últimos tiempos para socorrer a los más desfavorecidos en el campo de la salud. Pueden contar con la aportación de voluntarios "sobre el terreno", así como con la generosidad de gran número de personas que sostienen económicamente su acción. A todos los aliento a proseguir esta benemérita labor, que en muchas naciones está produciendo una significativa sensibilización de las conciencias.

Me dirijo, por último, a vosotros, queridos enfermos y generosos profesionales de la salud. Esta Jornada mundial del enfermo tendrá lugar pocos días después de la conclusión del Año jubilar. Por ello, constituye una renovada invitación a contemplar el rostro de Cristo, que hace dos mil años se hizo hombre para redimir al hombre. Queridos hermanos y hermanas, proclamad y testimoniad con generosa disponibilidad el evangelio de la vida y de la esperanza. Anunciad que Cristo consuela a cuantos viven en medio de angustias y dificultades; fortalece a quienes atraviesan momentos de cansancio y vulnerabilidad; y sostiene a quienes trabajan apasionadamente con el fin de asegurar a todos mejores condiciones de vida y de salud.

Os encomiendo a María, Madre de la Iglesia, a la que, como recordé al inicio, está dedicada la catedral de Sydney, centro espiritual de la IX Jornada mundial del enfermo. Que la Virgen del consuelo haga sentir su maternal protección a todos sus hijos que atraviesan alguna prueba; os ayude a vosotros a testimoniar al mundo la ternura de Dios y os transforme en iconos vivos de su Hijo. Con estos deseos, os imparto a vosotros y a vuestros seres queridos una especial bendición apostólica.

Castelgandolfo, 22 de agosto de 2000

JUAN PABLO II

X JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2002)

1. Desde hace algunos años, el 11 de febrero, día en que la Iglesia conmemora la aparición de Nuestra Señora de Lourdes, ha quedado oportunamente unido a un importante acontecimiento: la celebración de la *Jornada mundial del enfermo*. En el año 2002 tendrá lugar la décima celebración, que se realizará en el conocido centro de peregrinaciones marianas del sur de la India, el santuario de la "Virgen de la salud", en Vailankanny, conocido como "La Lourdes de Oriente" (*Ángelus* del 31 de julio de 1988). Millones de personas, seguras de la indefectible ayuda de la Madre de Dios en sus necesidades, acuden con profunda devoción y confianza a ese santuario, situado en la costa del golfo de Bengala, en una zona tranquila, entre palmeras. Vailankanny no sólo atrae a peregrinos cristianos, sino también a muchos seguidores de otras religiones, especialmente hindúes, que ven en la Virgen de la salud a la Madre solícita y compasiva de la humanidad que sufre.

En la India, tierra de religiosidad tan profunda y antigua, ese santuario dedicado a la Madre de Dios es realmente un punto de encuentro para miembros de diversas religiones y un ejemplo excepcional de armonía y diálogo interreligioso.

La Jornada mundial del enfermo comenzará con un momento de intensa oración por todos los que sufren y los enfermos. De ese modo expresaremos a los que sufren nuestra solidaridad, que brota de la convicción de la misteriosa naturaleza del dolor y su función en el proyecto amoroso de Dios para cada persona. La Jornada proseguirá con una reflexión y un estudio serios sobre la respuesta cristiana al mundo del sufrimiento humano, que parece aumentar día tras día, entre otras causas por calamidades originadas por el hombre y por opciones malsanas realizadas por personas y sociedades. Al volver a examinar el papel y la función de las instituciones sanitarias, de los hospitales cristianos y de su personal, esta reflexión destacará y reafirmará los auténticos valores cristianos, que deberían inspirarlos. Seguir las huellas de Jesús, el Médico divino, que vino "para que tengan vida y la tengan en abundancia" (*Jn* 10, 10) -tema de la reflexión de la Jornada- implica una clara actitud en favor de la cultura de la vida y un compromiso total en defensa de la vida desde la concepción hasta la muerte natural.

2. Está bien buscar medios nuevos y eficaces para aliviar el sufrimiento, pero el sufrimiento sigue siendo un hecho fundamental de la vida humana. En cierto sentido, es tan profundo como el hombre mismo y afecta a su misma esencia (cf. *Salvifici doloris*, 3). La investigación y los cuidados médicos no explican del todo ni eliminan completamente el sufrimiento. En su profundidad y en sus múltiples formas, es preciso considerarlo desde una perspectiva que trascienda su dimensión meramente física. Las diversas religiones de la humanidad siempre han tratado de responder a la pregunta del sentido del dolor y reconocen la necesidad de mostrar compasión y bondad a los que sufren. Por eso, las convicciones religiosas han dado origen a prácticas médicas encaminadas a tratar y curar las enfermedades, y la historia de las diferentes religiones, registra formas organizadas de asistencia sanitaria a los enfermos, practicadas ya desde tiempos muy antiguos.

Aunque la Iglesia considera que en las interpretaciones no cristianas del sufrimiento se hallan muchos elementos válidos y nobles, su comprensión de este gran misterio humano es única. Para descubrir el sentido fundamental y definitivo del sufrimiento "tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente" (*ib.*, 13). La respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento "ha sido dada por Dios al hombre en la cruz de Jesucristo" (*ib.*). El sufrimiento, consecuencia del pecado original, asume un nuevo sentido: se convierte en participación en la obra salvífica de Jesucristo (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1521). Con su sufrimiento en la cruz, Cristo venció el mal y nos permite

vencerlo también a nosotros. Nuestros sufrimientos cobran sentido y valor cuando están unidos al suyo. Cristo, Dios y hombre, tomó sobre sí los sufrimientos de la humanidad, y en él el mismo sufrimiento humano asume un sentido de redención.

En esta unión entre lo humano y lo divino, el sufrimiento produce el bien y vence el mal. A la vez que expreso mi profunda solidaridad con todos los que sufren, oro fervientemente a Dios para que la celebración de la Jornada mundial del enfermo sea para ellos un momento providencial que les abra un nuevo horizonte de sentido en su vida.

La fe nos enseña a buscar el sentido último del sufrimiento en la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La respuesta cristiana al dolor y al sufrimiento nunca se ha caracterizado por la pasividad. La Iglesia, urgida por la caridad cristiana, que encuentra su expresión más alta en la vida y en las obras de Jesús, el cual "pasó haciendo el bien" (*Hch* 10, 38), sale al encuentro de los enfermos y los que sufren, dándoles consuelo y esperanza. No se trata de un mero ejercicio de benevolencia; brota de la compasión y la solicitud, que llevan a un servicio atento y asiduo. Ese servicio implica, en definitiva, la entrega generosa de sí a los demás, especialmente a los que sufren (cf. *Salvifici doloris*, 29). La parábola evangélica del buen samaritano capta muy bien los sentimientos más nobles y la reacción de una persona ante un hombre que sufre y necesita ayuda. Buen samaritano es quien se detiene para atender a las necesidades de los que sufren.

3. En este momento pienso en los innumerables hombres y mujeres que, en todo el mundo, trabajan en el campo de la salud, como directores de centros sanitarios, capellanes, médicos, investigadores, enfermeras, farmacéuticos, personal paramédico y voluntarios. Como recordé en mi exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*, en numerosas ocasiones, durante mis visitas a la Iglesia en diversas partes del mundo, he quedado hondamente conmovido por el extraordinario testimonio cristiano de muchos grupos de profesionales de la salud, especialmente de los que se dedican a cuidar de los discapacitados y los enfermos terminales, así como de los que luchan para evitar la difusión de nuevas enfermedades, como el sida (cf. n. 36). Con la celebración de la Jornada mundial del enfermo, la Iglesia expresa su gratitud y su aprecio por el servicio desinteresado de muchos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos en el campo de la salud, que atienden generosamente a los enfermos, a los que sufren y a los moribundos, sacando fuerza e inspiración de la fe en el Señor Jesús y de la imagen evangélica del buen samaritano. El mandato del Señor durante la última Cena: "Haced esto en memoria mía", además de referirse a la fracción del pan, alude también al cuerpo entregado y a la sangre derramada por Cristo por nosotros (cf. *Lc* 22, 19-20), es decir, al don de sí a los demás. Una expresión particularmente significativa de este don de sí es el servicio a los enfermos y a los que sufren. Por tanto, quienes se dedican a ese servicio, encontrarán siempre en la Eucaristía una fuente inagotable de fuerza y un estímulo a una generosidad siempre renovada.

4. Al acercarse a los enfermos y a los que sufren, la Iglesia se guía por una visión precisa y completa de la persona humana "creada a imagen de Dios y dotada de la dignidad y los derechos humanos inalienables que Dios le dio" (*Ecclesia in Asia*, 33). En consecuencia, la Iglesia insiste en el principio según el cual no todo lo que es técnicamente posible es lícito moralmente. Los enormes progresos y avances de la ciencia médica, en tiempos recientes, nos dan a todos una gran responsabilidad con respecto al don divino de la vida, que sigue siendo un don en todas sus fases y condiciones. Debemos vigilar para impedir cualquier posible violación y supresión de la vida. "Somos los custodios de la vida, no sus propietarios. (...) Desde su concepción, la vida humana implica la acción creadora de Dios y mantiene siempre un vínculo especial con el Creador, fuente de la vida y su único fin" (*ib.*, 35). Las instituciones sanitarias cristianas, firmemente arraigadas en la caridad, prosiguen la misión de Jesús de cuidar de los débiles y los enfermos. Espero que, en cuanto lugares en los que se afirma y se asegura la cultura de la vida, sigan respondiendo a las expectativas que tienen depositadas en ellas todos los miembros dolientes de la humanidad. Pido fervientemente a María, Salud de

los enfermos, que siga otorgando su protección amorosa a los que se hallan heridos en el cuerpo y en el espíritu, e interceda por los que cuidan de ellos. Que ella nos ayude a unir nuestros sufrimientos a los de su Hijo mientras nos encaminamos con gozosa esperanza hacia la seguridad de la casa del Padre.

Castelgandolfo, 6 de agosto de 2001

JUAN PABLO II

XI JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2003)

1. *"Nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo... Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él"* (1 Jn 4,14.16).

Estas palabras del apóstol Juan sintetizan muy bien las finalidades de la Pastoral de la Salud, por medio de la cual la Iglesia, reconociendo la presencia del Señor en los hermanos aquejados por el dolor, se esfuerza en llevarles el gozoso anuncio del Evangelio y ofrecerles signos creíbles de amor.

En este contexto se enmarca la XI Jornada Mundial del Enfermo, que tendrá lugar el 11 de febrero de 2003 en Washington D.C., Estados Unidos, en la basílica dedicada a la Inmaculada Concepción, santuario nacional. El lugar y el día escogidos invitan los creyentes a dirigir la mirada hacia la Madre de Dios. Encomendándose a ella, la Iglesia se siente impulsada hacia un renovado testimonio de caridad, para hacerse icono viviente de Cristo, Buen Samaritano, en tantas situaciones de sufrimiento físico y moral del mundo de hoy.

Hay preguntas urgentes sobre el dolor y la muerte que, sentidas dramáticamente en el corazón de todo hombre, no obstante los continuos intentos por eludirlas o ignorarlas por parte de una mentalidad secularizada, esperan respuestas válidas. Especialmente ante trágicas experiencias humanas, el cristiano está llamado a testimoniar la consoladora verdad de Cristo resucitado, que asume las heridas y los males de la humanidad, incluida la muerte, y los convierte en momentos de gracia y de vida. Este anuncio y este testimonio deben ser comunicados a todos, en cualquier lugar del mundo.

2. Es de desear que el Evangelio de la vida y del amor, gracias a la celebración de la próxima Jornada Mundial del Enfermo, resuene con vigor, especialmente en América, donde viven más de la mitad de los católicos. En el Continente americano, como en otras partes del mundo, "parece perfilarse un modelo de sociedad en la que dominan los poderosos, marginando e incluso eliminando a los débiles. Pienso ahora en los niños no nacidos, víctimas indefensas del aborto; en los ancianos y los enfermos incurables, objeto a veces de la eutanasia; y en tantos otros seres humanos marginados por el consumismo y el materialismo. No puedo ignorar el recurso no necesario a la pena de muerte... Semejante modelo de sociedad se caracteriza por la cultura de la muerte y, por tanto, está en contraste con el mensaje evangélico" (Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in America*, 63). Frente a esta preocupante realidad, ¿cómo no poner entre las prioridades pastorales la defensa de la cultura de la vida? Para los católicos que trabajan en el campo médico-sanitario, es una tarea urgente hacer todo lo posible por defender la vida, principalmente cuando está en peligro, actuando rectamente con una conciencia formada según la doctrina de la Iglesia.

A este noble fin colaboran ya de manera alentadora los numerosos Centros de Salud, por medio de los cuales la Iglesia católica ofrece un auténtico testimonio de fe, de caridad y de esperanza. Éstos han podido contar hasta ahora con la colaboración de un número significativo de religiosos y religiosas como garantía de un servicio profesional y pastoral cualificado. Es de desear que surjan nuevas vocaciones, que permitan a los Institutos religiosos continuar en esta benemérita actividad e incluso acrecentarla con la aportación de tantos voluntarios laicos, por el bien de la humanidad doliente en el Continente americano.

3. Este campo privilegiado de apostolado concierne a todas las Iglesias particulares. Es necesario, pues, que cada Conferencia Episcopal, por medio de organismos apropiados, se esfuerce en promover, orientar y coordinar la Pastoral de la Salud, para fomentar en todo el Pueblo de Dios la atención y disponibilidad respecto al complejo mundo del dolor.

Para que este testimonio de amor sea cada vez más creíble, los agentes de la Pastoral de la Salud deben actuar en plena comunión entre sí y con sus Pastores. Esto es particularmente urgente en los hospitales católicos, llamados a reflejar cada vez mejor en su organización, que ha de responder a las necesidades modernas, los valores evangélicos, como recuerdan insistentemente las directrices sociales y morales del Magisterio. Eso exige un movimiento unitario entre los hospitales católicos, que abarque todos los sectores, incluido el económico-organizativo.

Los hospitales católicos deben ser centros de vida y de esperanza, dónde se promuevan, junto con el servicio de los capellanes, los comités éticos, la formación del personal sanitario laico, la humanización de los cuidados a los enfermos, la atención a sus familias y una particular sensibilidad hacia los pobres y los marginados. El trabajo profesional ha de concretizarse en un auténtico testimonio de caridad, teniendo presente que la vida es un don de Dios, del cual el hombre es solamente administrador y garante.

4. Esta verdad debe ser defendida constantemente ante el progreso de las ciencias y de las técnicas médicas, que buscan la curación y una mejor calidad de vida para la existencia humana. En efecto, es un principio fundamental que la vida debe ser protegida y defendida desde su concepción hasta su ocaso natural.

Como he recordado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*: "El servicio al hombre nos obliga a proclamar, oportuna e importunamente, que cuantos se valen de las *nuevas potencialidades de la ciencia*, especialmente en el terreno de las biotecnologías, nunca han de ignorar las exigencias fundamentales de la ética, apelando tal vez a una discutible solidaridad que acaba por discriminar entre vida y vida, con el desprecio de la dignidad propia de cada ser humano" (n. 51).

La Iglesia, abierta al auténtico progreso científico y tecnológico, aprecia el esfuerzo y el sacrificio de quién, con entrega y profesionalidad, contribuye a elevar la calidad del servicio ofrecido a los enfermos, respetando su dignidad inviolable. Cada intervención terapéutica, cada experimentación, cada trasplante, debe tener en cuenta esta verdad fundamental. Por tanto, nunca es lícito matar un ser humano para curar a otro. Y si en la etapa final de la vida son aconsejables tratamientos paliativos, evitando el ensañamiento terapéutico, nunca será lícita acción alguna u omisión que, por su naturaleza y en las intenciones del personal sanitario, vaya dirigida a procurar la muerte.

5. Es mi mayor deseo que la XI Jornada Mundial del Enfermo suscite en las Diócesis y en las comunidades parroquiales una renovada dedicación a la Pastoral de la Salud. Debe prestarse una adecuada atención a los enfermos que están en su propia casa, ya que la hospitalización se va reduciendo cada vez más y a menudo los enfermos se encuentran en manos de sus familiares. En los Países dónde faltan centros adecuados de atención, incluso los enfermos terminales son dejados en sus viviendas. Los párrocos y todos los agentes pastorales han de procurar que nunca les falte la consoladora presencia del Señor a través de la Palabra de Dios y los Sacramentos.

La Pastoral de la Salud debe reflejarse de manera adecuada en el programa de formación de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas, porque en la atención a los enfermos, más que en otras cosas, se hace creíble el amor y se ofrece un testimonio de esperanza en la resurrección.

6. Queridos capellanes, religiosos y religiosas, médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, personal técnico y administrativo, asistentes sociales y voluntarios, la Jornada Mundial del Enfermo os ofrece una ocasión propicia que os mueva cada vez más a ser generosos discípulos de Cristo, Buen Samaritano. Conscientes de vuestra identidad, descubrid en los enfermos el Rostro del Señor doliente y glorioso. Mostraos disponibles a darles asistencia y esperanza, sobre todo a las personas afectadas por nuevas enfermedades, como el

SIDA, o las todavía presentes como la tuberculosis, la malaria y la lepra.

A vosotros, queridos hermanos y hermanas que sufrís en el cuerpo o en el espíritu, os deseo de corazón que sepáis reconocer y acoger al Señor que os llama a ser testigos del Evangelio del sufrimiento, contemplando con confianza y amor el Rostro de Cristo crucificado (cf. *Novo millennio ineunte*, 16), y uniendo vuestros sufrimientos a los suyos.

Os encomiendo a todos a la Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América y Salud de los Enfermos. Que ella escuche la invocación que proviene del mundo del sufrimiento y enjague las lágrimas de quien se encuentra en el dolor; que esté al lado de cuantos viven en soledad su enfermedad y, con su intercesión materna, ayude a los creyentes que trabajan en el campo de la salud a ser testigos creíbles del amor de Cristo.

¡A todos os doy con afecto mi Bendición!

Vaticano, 2 de febrero de 2003

JUAN PABLO II

XII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2004)

1. La celebración de la Jornada mundial del enfermo, que se realiza anualmente en un continente diverso, cobra esta vez un significado singular, pues tendrá lugar en Lourdes (Francia), localidad donde la Virgen se apareció el 11 de febrero de 1858 y que desde entonces se ha convertido en meta de numerosas peregrinaciones. En esa región montañosa, la Virgen quiso manifestar su amor materno especialmente a los que sufren y a los enfermos. Desde entonces sigue haciéndose presente con constante solicitud.

Ha sido elegido ese santuario porque en el año 2004 se celebra el 150º aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. En efecto, el 8 de diciembre de 1854, mi predecesor, de feliz memoria, el beato Pío IX, con la bula dogmática *Ineffabilis Deus*, afirmó que "la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Cristo Jesús Salvador del género humano, está revelada" (DS 2803). En Lourdes, María, hablando en el dialecto del lugar, dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

2. ¿No quería expresar la Virgen con esas palabras también el vínculo que la une a la salud y a la vida? Si por la culpa original entró en el mundo la muerte, por los méritos de Jesucristo Dios preservó a María de toda mancha de pecado, y a nosotros nos vino la salvación y la vida (cf. *Rm* 5, 12-21).

El dogma de la Inmaculada Concepción nos introduce en el corazón del misterio de la creación y de la redención (cf. *Ef* 1, 4-12; 3, 9-11). Dios ha querido dar a la criatura humana la vida en abundancia (cf. *Jn* 10, 10), condicionando, sin embargo, su iniciativa a una respuesta libre y amorosa. Al rechazar este don con la desobediencia que llevó al pecado, el hombre interrumpió trágicamente el diálogo vital con el Creador. Al "sí" de Dios, fuente de la plenitud de vida, se opuso el "no" del hombre, motivado por su orgullosa autosuficiencia, precursora de muerte (cf. *Rm* 5, 19).

La humanidad entera quedó implicada seriamente en esa cerrazón con respecto a Dios. Sólo María de Nazaret, en atención a los méritos de Cristo, fue concebida inmune de la culpa original y totalmente abierta al designio divino, de modo que el Padre celestial pudo realizar en ella el proyecto que tenía para los hombres.

La Inmaculada Concepción anticipa el enlace armonioso entre el "sí" de Dios y el "sí" que María pronunciará con total abandono, cuando el ángel le lleve el anuncio celestial (cf. *Lc* 1, 38). Su "sí", en nombre de la humanidad, volverá a abrir al mundo las puertas del Paraíso, gracias a la encarnación del Verbo de Dios en su seno por obra del Espíritu Santo (cf. *Lc* 1, 35). Así, el proyecto original de la creación queda restaurado y potenciado en Cristo, y en dicho proyecto encuentra lugar también ella, la Virgen Madre.

3. Aquí está la clave de bóveda de la historia: con la Inmaculada Concepción de María comenzó la gran obra de la redención, que se actuó con la sangre preciosa de Cristo. En él, toda persona está llamada a realizarse plenamente, hasta la perfección de la santidad (cf. *Col* 1, 28).

Por tanto, la Inmaculada Concepción es la aurora prometedora del día radiante de Cristo, quien con su muerte y resurrección restablecerá la plena armonía entre Dios y la humanidad. Si Jesús es el manantial de la vida que vence a la muerte, María es la madre solícita que sale al encuentro de las expectativas de sus hijos, obteniendo para ellos la salud del alma y del cuerpo. Este es el mensaje que el santuario de Lourdes propone constantemente a devotos y

peregrinos. Este es también el significado de las curaciones corporales y espirituales que se verifican en la gruta de Massabielle.

Desde el día de la aparición a Bernardita Soubirous, María ha "curado" en aquel lugar dolores y enfermedades, restituyendo a numerosos hijos suyos también la salud del cuerpo. Sin embargo, ha realizado prodigios mucho más sorprendentes en el corazón de los creyentes, abriéndolos al encuentro con su Hijo Jesús, respuesta verdadera a las expectativas más profundas del corazón humano. El Espíritu Santo, que la cubrió con su sombra en el momento de la encarnación del Verbo, transforma el corazón de innumerables enfermos que recurren a ella. Aunque no obtengan el don de la salud corporal, pueden recibir siempre otro mucho más importante: la conversión del corazón, fuente de paz y de alegría interior. Este don transforma su existencia y los convierte en apóstoles de la cruz de Cristo, estandarte de esperanza, incluso en medio de las pruebas más duras y difíciles.

4. En la carta apostólica *Salvifici doloris* recordé que el sufrimiento forma parte de la historia del hombre, que debe aprender a aceptarlo y superarlo (cf. n. 2: *AAS* 576 [1984] 202). Pero ¿cómo podrá hacerlo, si no es gracias a la cruz de Cristo?

En la muerte y resurrección del Redentor el sufrimiento humano encuentra su sentido más profundo y su valor salvífico. Todo el peso de las tribulaciones y los dolores de la humanidad se condensa en el misterio de un Dios que, asumiendo nuestra naturaleza humana, se anonadó hasta hacerse "pecado por nosotros" (2 Co 5, 21). En el Gólgota cargó con las culpas de toda criatura humana y, en la soledad del abandono, gritó al Padre: "¿Por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46).

De la paradoja de la cruz brota la respuesta a nuestros interrogantes más inquietantes. *Cristo sufre por nosotros*: toma sobre sí el sufrimiento de todos y lo redime. *Cristo sufre con nosotros*, dándonos la posibilidad de compartir con él nuestros dolores. El sufrimiento humano, unido al de Cristo, se convierte en medio de salvación. Por eso el creyente puede decir con san Pablo: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24). El dolor, aceptado con fe, se transforma en la puerta para entrar en el misterio del sufrimiento redentor del Señor. Un sufrimiento que ya no quita la paz y la felicidad, porque está iluminado por el resplandor de la resurrección.

5. Al pie de la cruz sufre en silencio María, participando de modo especialísimo en los dolores del Hijo, constituida Madre de la humanidad, dispuesta a interceder para que toda persona obtenga la salvación (cf. *Salvifici doloris*, 25).

En Lourdes no es difícil comprender esta singular participación de la Virgen en la misión salvífica de Cristo. El prodigio de la Inmaculada Concepción recuerda a los creyentes una verdad fundamental: sólo es posible conseguir la salvación participando dócilmente en el proyecto del Padre, que quiso redimir al mundo a través de la muerte y la resurrección de su Hijo unigénito. Con el bautismo, el creyente es injertado en este designio salvífico y es liberado de la culpa original. La enfermedad y la muerte, aunque estén presentes en la existencia terrena, pierden su sentido negativo. A la luz de la fe, la muerte del cuerpo, vencida por la de Cristo (cf. *Rm* 6, 4), se convierte en el paso obligado a la plenitud de la vida inmortal.

6. Nuestra época ha dado grandes pasos en el conocimiento científico de la vida, don fundamental de Dios, cuyos administradores somos nosotros. Es preciso acoger, respetar y defender la vida desde su inicio hasta su ocaso natural. Junto con ella, hay que proteger a la familia, cuna de toda vida naciente.

Ya es común hablar de "ingeniería genética" aludiendo a las extraordinarias posibilidades que la ciencia ofrece hoy de intervenir en las fuentes mismas de la vida. Todo auténtico progreso

en este campo no puede menos de ser impulsado, con tal de que respete siempre los derechos y la dignidad de la persona desde su concepción. En efecto, nadie puede arrogarse la facultad de destruir o manipular indiscriminadamente la vida del ser humano. Los agentes en el campo de la pastoral de la salud tienen la tarea específica de sensibilizar a cuantos trabajan en este delicado sector para que se sientan comprometidos a ponerse siempre al servicio de la vida.

Con ocasión de la Jornada mundial del enfermo deseo dar las gracias a todos los agentes de la pastoral de la salud, especialmente a los obispos que en las diversas Conferencias episcopales se ocupan de este sector, a los capellanes, a los párrocos y a los demás sacerdotes comprometidos en este ámbito, a las órdenes y a las congregaciones religiosas, a los voluntarios y a cuantos dan incansablemente un testimonio coherente de la muerte y la resurrección del Señor ante los sufrimientos, el dolor y la muerte.

Quisiera extender mi gratitud a los agentes sanitarios, al personal médico y paramédico, a los investigadores, especialmente a los que se dedican a la preparación de nuevos fármacos, y a quienes se ocupan de la producción de medicamentos accesibles también a las personas con menos recursos.

Encomiendo a todos a la santísima Virgen, venerada en el santuario de Lourdes en su Inmaculada Concepción. Que ella ayude a cada cristiano a testimoniar que la única respuesta auténtica al dolor, al sufrimiento y a la muerte es Cristo, nuestro Señor, muerto y resucitado por nosotros.

Con estos sentimientos, de buen grado le envío a usted, venerado hermano, y a cuantos participan en la celebración de la Jornada del enfermo, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 1 de diciembre de 2003

JUAN PABLO II

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2005)

Cristo, esperanza de África

1. En 2005, a diez años de distancia, África acogerá nuevamente las celebraciones principales de la Jornada mundial del enfermo, que tendrán lugar en el santuario de María Reina de los Apóstoles, en Yaundé, Camerún. Esta elección ofrecerá la oportunidad de manifestar una solidaridad concreta a las poblaciones de ese continente, probadas por graves carencias sanitarias. Así, se dará un paso más en la actuación del compromiso que, hace diez años, los cristianos de África asumieron durante la tercera Jornada mundial del enfermo, es decir, el de ser "buenos samaritanos" de los hermanos y las hermanas en dificultad.

En efecto, en la exhortación postsinodal *Ecclesia in Africa*, recogiendo las observaciones de muchos padres sinodales, escribí que "el África de hoy se puede comparar con aquel hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó; cayó en manos de salteadores que lo despojaron, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto (cf. *Lc* 10, 30-37)". Y añadí que "África es un continente en el que innumerables seres humanos, hombres y mujeres, niños y jóvenes, están tendidos, de algún modo, al borde del camino, enfermos, heridos, indefensos, marginados y abandonados. Tienen necesidad imperiosa de buenos samaritanos que vengan en su ayuda" (n. 41: *AAS* 88 [1996] 27).

2. La Jornada mundial del enfermo tiene, asimismo, como objetivo promover la reflexión sobre la noción de salud, que en su acepción más completa alude también a una situación de armonía del ser humano consigo mismo y con el mundo que lo rodea. Ahora bien, África expresa precisamente esta visión de modo muy rico en su tradición cultural, como lo testimonian las numerosas manifestaciones artísticas, tanto civiles como religiosas, llenas de alegría, de ritmo y de musicalidad.

Pero, por desgracia, esta armonía se ve hoy fuertemente turbada. Muchas enfermedades devastan el continente y, entre todas, en particular el azote del sida, "que siembra dolor y muerte en numerosas zonas de África" (*ib.*, 116). Los conflictos y las guerras, que afectan a no pocas regiones africanas, hacen más difíciles las intervenciones encaminadas a prevenir y curar esas enfermedades. En los campos de prófugos y refugiados se encuentran a menudo personas privadas incluso de los víveres indispensables para la supervivencia.

Exhorto, a los que tienen la posibilidad, a comprometerse a fondo, sin cesar, para poner fin a semejantes tragedias (cf. *ib.*, 117). Asimismo, recuerdo a los responsables del comercio de armas lo que escribí en aquel documento: "Los que alimentan las guerras en África mediante el tráfico de armas son cómplices de odiosos crímenes contra la humanidad" (*ib.*, 118).

3. Por lo que respecta al drama del sida, ya he subrayado en otras circunstancias que se presenta también como una "patología del espíritu". Para combatirla de modo responsable, es preciso aumentar su prevención mediante la educación en el respeto del valor sagrado de la vida y la formación en la práctica correcta de la sexualidad. En efecto, aunque son numerosas las infecciones que se transmiten por contagio a través de la sangre especialmente durante la gestación -infecciones que hay que combatir con todo empeño-, mucho más numerosas son las que se producen por vía sexual, y que pueden evitarse sobre todo con una conducta responsable y la observancia de la virtud de la castidad.

Los obispos que participaron en el mencionado Sínodo para África de 1994, refiriéndose al influjo que los comportamientos sexuales irresponsables tienen en la difusión de la enfermedad, formularon una recomendación que quisiera volver a proponer aquí: "El afecto, la alegría, la felicidad y la paz que proporcionan el matrimonio cristiano y la fidelidad, así

como la seguridad que da la castidad, deben ser siempre presentados a los fieles, sobre todo a los jóvenes" (*ib.*, 116).

4. En la lucha contra el sida todos deben sentirse implicados. Corresponde a los gobernantes y a las autoridades civiles proporcionar, sobre este tema, informaciones claras y correctas al servicio de los ciudadanos, así como dedicar recursos suficientes a la educación de los jóvenes y al cuidado de la salud. Aliento a los organismos internacionales a promover, en este campo, iniciativas inspiradas en la sabiduría y en la solidaridad, buscando siempre defender la dignidad humana y tutelar el derecho inviolable a la vida.

Merecen nuestra felicitación las industrias farmacéuticas que se comprometen a mantener bajos los precios de los medicamentos necesarios para la curación del sida. Ciertamente, hacen falta recursos económicos para la investigación científica en el campo sanitario, y también resultan necesarios otros recursos para comercializar los medicamentos descubiertos, pero ante emergencias como la del sida, la salvaguardia de la vida humana debe anteponerse a cualquier otra valoración.

A los agentes pastorales les pido que "ofrezcan a los hermanos y hermanas afectados por el sida todo el alivio posible, moral y espiritual. A los hombres de ciencia y a los responsables políticos de todo el mundo suplico con viva insistencia que, movidos por el amor y el respeto que se deben a toda persona humana, no escatimen medios capaces de poner fin a este azote" (*ib.*).

En particular, quisiera recordar aquí con admiración a los numerosos profesionales de la salud, a los asistentes religiosos y a los voluntarios que, como buenos samaritanos, gastan su vida junto a las víctimas del sida y cuidan de sus familiares. A este propósito, es valioso el servicio que prestan miles de instituciones sanitarias católicas socorriendo, a veces de modo heroico, a cuantos en África están afectados por todo tipo de enfermedades, especialmente el sida, la malaria y la tuberculosis.

Durante los últimos años he podido constatar que mis exhortaciones en favor de las víctimas del sida no han sido vanas. He comprobado con satisfacción que diversos países e instituciones han sostenido, coordinando los esfuerzos, campañas concretas de prevención y asistencia a los enfermos.

5. Me dirijo ahora, de manera especial, a vosotros, queridos hermanos obispos de las Conferencias episcopales de los demás continentes, para que os unáis generosamente a los pastores de África a fin de afrontar eficazmente esta y otras emergencias. El Consejo pontificio para la pastoral de la salud dará, como lo ha hecho en el pasado, su contribución para coordinar y promover esa cooperación, solicitando la aportación concreta de todas las Conferencias episcopales.

La atención de la Iglesia a los problemas de África no está motivada sólo por razones de compasión filantrópica hacia el hombre necesitado; está estimulada también por la adhesión a Cristo redentor, cuyo rostro reconoce en los rasgos de toda persona que sufre. Por tanto, es la fe lo que la impulsa a comprometerse a fondo en la curación de los enfermos, como lo ha hecho siempre a lo largo de la historia. Es la esperanza lo que la capacita para perseverar en esta misión, a pesar de los obstáculos de todo tipo que encuentra. Por último, es la caridad la que le sugiere el enfoque correcto de las diversas situaciones, permitiéndole percibir las peculiaridades de cada una y afrontarlas.

Con esta actitud de profunda comunión, la Iglesia sale al encuentro de los heridos de la vida, para ofrecerles el amor de Cristo mediante las numerosas formas de ayuda que la "creatividad de la caridad" (*Novo millennio ineunte*, 50) le sugiere para socorrerlos. A cada uno le repite: ¡Ánimo! Dios no te ha olvidado. Cristo sufre contigo. Y tú, ofreciendo tus sufrimientos, puedes colaborar con él en la redención del mundo.

6. La celebración anual de la Jornada mundial del enfermo brinda a todos la posibilidad de comprender mejor la importancia de la pastoral de la salud. En nuestra época, marcada por una cultura impregnada de secularismo, a veces se tiene la tentación de no valorar plenamente este ámbito pastoral. Se piensa que son otros los campos donde está en juego el destino del hombre. En cambio, precisamente en el momento de la enfermedad, se siente con más urgencia la necesidad de encontrar respuestas adecuadas a las cuestiones últimas relacionadas con la vida del hombre: las cuestiones sobre el sentido del dolor, del sufrimiento e incluso de la muerte, considerada no sólo como un enigma que es preciso afrontar penosamente, sino también como misterio en el que Cristo incorpora a sí nuestra existencia, abriéndola a un nuevo y definitivo nacimiento para la vida que ya nunca terminará.

En Cristo está la esperanza de la verdadera y plena salud; la salvación que él trae es la verdadera respuesta a los interrogantes últimos del hombre. No existe contradicción entre la salud terrena y la salud eterna, dado que el Señor murió por la salud integral del hombre y de todos los hombres (cf. *1 P* 1, 2-5; liturgia del Viernes santo, *Adoración de la cruz*). La salvación constituye el contenido final de la nueva alianza.

Por tanto, en la próxima Jornada mundial del enfermo queremos proclamar la esperanza de la plena salud para África y para toda la humanidad, comprometiéndonos a trabajar con mayor determinación al servicio de esta gran causa.

7. En la página evangélica de las bienaventuranzas, el Señor proclama: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (*Mt* 5, 5). La antinomia que parece existir entre el sufrimiento y la alegría se supera gracias a la acción consoladora del Espíritu Santo. Al configurarnos con el misterio de Cristo crucificado y resucitado, el Espíritu nos abre desde ahora a la alegría que llegará a su plenitud en el encuentro bienaventurado con el Redentor. En realidad, el ser humano no aspira a un bienestar sólo físico o espiritual, sino también a una "salud" que se exprese en una armonía total con Dios, consigo mismo y con la humanidad. A esta meta se llega sólo a través del misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

María santísima nos ofrece una anticipación elocuente de esta realidad escatológica, especialmente a través de los misterios de su Inmaculada Concepción y de su Asunción al cielo. En ella, concebida sin ninguna sombra de pecado, es total la disponibilidad tanto a la voluntad divina como al servicio de los hombres, y, en consecuencia, es plena la armonía profunda de la que brota la alegría.

Por tanto, con razón nos dirigimos a ella invocándola como "Causa de nuestra alegría". La alegría que nos da la Virgen es una alegría que permanece incluso en medio de las pruebas. Sin embargo, pensando en el África dotada de inmensos recursos humanos, culturales y religiosos, pero afligida también por indecibles sufrimientos, aflora espontáneamente a los labios una ferviente oración:

María, Virgen Inmaculada,
Mujer del dolor y de la esperanza,
sé benigna con toda persona que sufre
y obtén a cada uno la plenitud de vida.

Dirige tu mirada materna
especialmente hacia los que en África
se encuentran más necesitados,
al estar afectados por el sida
o por alguna otra enfermedad mortal.

Mira a las madres que lloran por sus hijos;

mira a los abuelos que carecen
de suficientes recursos
para sostener a sus nietos
que han quedado huérfanos.

Abraza a todos con tu corazón de Madre.
Reina de África y del mundo entero,
Virgen santísima, ruega por nosotros.

Vaticano, 8 de septiembre de 2004

JUAN PABLO II

XIV JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2006)

Queridos hermanos y hermanas:

El 11 de febrero de 2006, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, se celebrará la XIV Jornada mundial del enfermo. El año pasado la Jornada tuvo lugar en el santuario mariano de Mvolyé, en Yaundé, y en esa ocasión los fieles y sus pastores, en nombre de todo el continente africano, reafirmaron su compromiso pastoral en favor de los enfermos. La próxima se tendrá en Adelaida (Australia), y las manifestaciones culminarán con la celebración eucarística en la catedral dedicada a San Francisco Javier, misionero incansable de las poblaciones de Oriente.

En esa circunstancia, la Iglesia quiere inclinarse con particular solicitud sobre los que sufren, llamando la atención de la opinión pública hacia los problemas relacionados con la discapacidad mental, que afecta ya a una quinta parte de la humanidad y constituye una auténtica emergencia socio-sanitaria. Recordando la atención que mi venerado predecesor Juan Pablo II prestaba a esta celebración anual, también yo, queridos hermanos y hermanas, quisiera hacerme espiritualmente presente en la Jornada mundial del enfermo, para reflexionar, en sintonía con los participantes, sobre la situación de los enfermos mentales en el mundo, y para solicitar el esfuerzo de las comunidades eclesiales por testimoniarles la tierna misericordia del Señor.

En muchos países no existe aún una legislación en esta materia, y en otros falta una política definida para la salud mental. Asimismo, conviene constatar que la persistencia de conflictos armados en varias regiones de la tierra, la sucesión de enormes catástrofes naturales y la difusión del terrorismo, además de causar un número impresionante de muertos, han originado en muchos supervivientes traumas psíquicos, a veces difícilmente recuperables.

Por otra parte, los expertos reconocen que, en los países de elevado desarrollo económico, la crisis de valores morales influye negativamente en el origen de nuevas formas de malestar mental. Eso aumenta el sentido de soledad, minando e incluso destruyendo las tradicionales formas de cohesión social, comenzando por la institución de la familia, y marginando a los enfermos, de modo especial a los mentales, considerados a menudo como un peso para la familia y para la comunidad.

Aquí quisiera rendir homenaje a los que, de diversos modos y en distintos niveles, se esfuerzan para que no decaiga el espíritu de solidaridad y para que, por el contrario, se persevere en cuidar de estos hermanos y hermanas nuestros, inspirándose en ideales y principios humanos y evangélicos.

Por tanto, apoyo los esfuerzos de quienes trabajan para que a todos los enfermos mentales se les presten los cuidados necesarios. Por desgracia, en muchas partes del mundo, los servicios para estos enfermos o no existen, o resultan insuficientes, o se están desmantelando. El contexto social no siempre acepta a los enfermos mentales con sus limitaciones, y también por esto existen dificultades para encontrar los recursos humanos y económicos que hacen falta.

Es necesario integrar mejor el binomio *terapia adecuada* y *sensibilidad nueva ante las discapacidades*, a fin de que los agentes del sector puedan salir con más eficacia al encuentro de esos enfermos y de sus familias, las cuales solas no serían capaces de atender adecuadamente a sus miembros enfermos. La próxima Jornada mundial del enfermo es una circunstancia oportuna para manifestar solidaridad a las familias que tienen a su cargo discapacitados mentales.

Deseo dirigirme ahora a vosotros, queridos hermanos y hermanas probados por la enfermedad, para invitaros a ofrecer juntamente con Cristo vuestra condición de sufrimiento

al Padre, con la seguridad de que toda prueba aceptada con resignación es meritoria y atrae la benevolencia divina sobre la humanidad entera.

Expreso aprecio a todos los que os atienden en los centros residenciales, en los "Day Hospitals" y en los sectores de diagnóstico y curación, y los exhorto a prodigarse para que nunca falte, a quien la necesite, una asistencia médica, social y pastoral que respete la dignidad propia de todo ser humano. La Iglesia, especialmente mediante la labor de los capellanes, os brindará su ayuda, pues es plenamente consciente de que está llamada a manifestar el amor y la solicitud de Cristo en favor de los que sufren y de los que los atienden.

A los agentes pastorales, a las asociaciones y organizaciones de voluntariado, les recomiendo que sostengan, con formas e iniciativas concretas, a las familias que tienen a su cargo discapacitados mentales, con respecto a los cuales espero que crezca y se difunda la cultura de la acogida y la comunión, también gracias a leyes adecuadas y a planes sanitarios que prevean suficientes recursos para su aplicación concreta.

Es sumamente urgente la formación y la actualización del personal que trabaja en un sector tan delicado de la sociedad. Todo cristiano, según su tarea y su responsabilidad, está llamado a dar su aportación para que se reconozca, respete y promueva la dignidad de estos hermanos y hermanas nuestros. *Duc in altum!* Esta invitación de Cristo a Pedro y a los Apóstoles la dirijo a las comunidades eclesiales esparcidas por el mundo, y de modo especial a los que están al servicio de los enfermos, para que, con la ayuda de María *Salus infirmorum*, testimonien la bondad y la paternal solicitud de Dios. Que la Virgen santísima consuele a los que se encuentran marcados por la enfermedad y sostenga a los que, como el buen samaritano, alivian sus heridas corporales y espirituales. A cada uno aseguro un recuerdo en la oración y de buen grado imparto a todos mi bendición.

Vaticano, 8 de diciembre de 2005

Benedictus PP XVI

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2007)

Queridos hermanos y hermanas:

El 11 de febrero de 2007, día en que la Iglesia celebra la memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, tendrá lugar en Seúl, Corea, la XV Jornada mundial del enfermo. Se llevarán a cabo una serie de encuentros, conferencias, asambleas pastorales y celebraciones litúrgicas con representantes de la Iglesia en Corea, con el personal de la asistencia sanitaria, así como con los enfermos y sus familias.

Una vez más la Iglesia vuelve sus ojos a quienes sufren y llama la atención hacia los enfermos incurables, muchos de los cuales están muriendo a causa de enfermedades terminales. Se encuentran presentes en todos los continentes, particularmente en los lugares donde la pobreza y las privaciones causan miseria y dolor inmensos. Consciente de estos sufrimientos, estaré espiritualmente presente en la Jornada mundial del enfermo, unido a los participantes, que discutirán sobre la plaga de las enfermedades incurables en nuestro mundo, y alentando los esfuerzos de las comunidades cristianas en su testimonio de la ternura y la misericordia del Señor.

La enfermedad conlleva inevitablemente un momento de crisis y de seria confrontación con la situación personal. Los avances de las ciencias médicas proporcionan a menudo los medios necesarios para afrontar este desafío, por lo menos con respecto a los aspectos físicos. Sin embargo, la vida humana tiene sus límites intrínsecos, y tarde o temprano termina con la muerte.

Esta es una experiencia a la que todo ser humano está llamado, y para la cual debe estar preparado.

A pesar de los avances de la ciencia, no se puede encontrar una curación para todas las enfermedades; por consiguiente, en los hospitales, en los hospicios y en los hogares de todo el mundo nos encontramos con el sufrimiento de numerosos hermanos nuestros enfermos incurables y a menudo en fase terminal. Además, muchos millones de personas en el mundo viven aún en condiciones insalubres y no tienen acceso a los recursos médicos necesarios, a menudo del tipo más básico, con el resultado de que ha aumentado notablemente el número de seres humanos considerados "incurables".

La Iglesia desea apoyar a los enfermos incurables y en fase terminal reclamando políticas sociales justas que ayuden a eliminar las causas de muchas enfermedades e instando a prestar una mejor asistencia a los moribundos y a los que no pueden recibir atención médica. Es necesario promover políticas que creen condiciones que permitan a las personas sobrellevar incluso las enfermedades incurables y afrontar la muerte de una manera digna. Al respecto, conviene destacar una vez más la necesidad de aumentar el número de los centros de cuidados paliativos que proporcionen una atención integral, ofreciendo a los enfermos la asistencia humana y el acompañamiento espiritual que necesitan. Se trata de un derecho que pertenece a todo ser humano y que todos debemos comprometernos a defender.

Deseo apoyar los esfuerzos de quienes trabajan diariamente para garantizar que los enfermos incurables y en fase terminal, juntamente con sus familias, reciban una asistencia adecuada y afectuosa.

La Iglesia, siguiendo el ejemplo del buen samaritano, ha mostrado siempre una solicitud particular por los enfermos. A través de cada uno de sus miembros y de sus instituciones, sigue estando al lado de los que sufren y de los moribundos, tratando de preservar su dignidad en esos momentos tan significativos de la existencia humana. Muchas de esas personas -

profesionales de la asistencia sanitaria, agentes pastorales y voluntarios- e instituciones en todo el mundo sirven incansablemente a los enfermos, en hospitales y en unidades de cuidados paliativos, en las calles de las ciudades, en proyectos de asistencia a domicilio y en parroquias.

Ahora me dirijo a vosotros, queridos hermanos y hermanas que sufrís enfermedades incurables y terminales. Os animo a contemplar los sufrimientos de Cristo crucificado, y, en unión con él, a dirigiros al Padre con plena confianza en que toda vida, y la vuestra en particular, está en sus manos. Confiad en que vuestros sufrimientos, unidos a los de Cristo, resultarán fecundos para las necesidades de la Iglesia y del mundo.

Pido al Señor que fortalezca vuestra fe en su amor, especialmente durante estas pruebas que estáis afrontando. Espero que, dondequiera que estéis, encontréis siempre el aliento y la fuerza espiritual necesarios para alimentar vuestra fe y acercaros más al Padre de la vida. A través de sus sacerdotes y de sus agentes pastorales, la Iglesia desea asistirlos y estar a vuestro lado, ayudándoos en la hora de la necesidad, haciendo presente así la misericordia amorosa de Cristo hacia los que sufren.

Por último, pido a las comunidades eclesiales en todo el mundo, y particularmente a las que se dedican al servicio de los enfermos, que, con la ayuda de María, *Salus infirmorum*, sigan dando un testimonio eficaz de la solicitud amorosa de Dios, nuestro Padre.

Que la santísima Virgen María, nuestra Madre, conforte a los que están enfermos y sostenga a todos los que han consagrado su vida, como buenos samaritanos, a curar las heridas físicas y espirituales de quienes sufren. Unido a cada uno de vosotros con el pensamiento y la oración, os imparto de corazón mi bendición apostólica como prenda de fortaleza y paz en el Señor.

Vaticano, 8 de diciembre de 2006

Benedictus PP XVI

XVI JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2008)

Queridos hermanos y hermanas:

1. El 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, se celebra la Jornada mundial del enfermo, ocasión propicia para reflexionar sobre el sentido del dolor y sobre el deber cristiano de salir a su encuentro en cualquier circunstancia que se presente. Este año, en esa fecha coinciden dos importantes acontecimientos para la vida de la Iglesia, como se puede apreciar ya en el tema elegido —"La Eucaristía, Lourdes y la atención pastoral a los enfermos"—: el 150° aniversario de las apariciones de la Inmaculada en Lourdes y la celebración del Congreso eucarístico internacional en Quebec (Canadá). De ese modo se brinda una ocasión singular para considerar la íntima unión que existe entre el misterio eucarístico, el papel de María en el plan salvífico y la realidad del dolor y del sufrimiento del hombre.

El 150° aniversario de las apariciones de Lourdes nos invita a dirigir la mirada hacia la Virgen santísima, cuya Inmaculada Concepción constituye el don sublime y gratuito de Dios a una mujer, para que pudiera adherirse plenamente a los designios divinos con fe firme e inquebrantable, a pesar de las pruebas y los sufrimientos que debía afrontar.

Por eso, María es modelo de abandono total a la voluntad de Dios: acogió en su corazón al Verbo eterno y lo concibió en su seno virginal; se fió de Dios y, con el alma traspasada por la espada del dolor (cf. *Lc* 2, 35), no dudó en compartir la pasión de su Hijo, renovando en el Calvario, al pie de la cruz, el "sí" de la Anunciación.

Meditar en la Inmaculada Concepción de María es, por consiguiente, dejarse atraer por el "sí" que la unió admirablemente a la misión de Cristo, Redentor de la humanidad; es dejarse asir y guiar por su mano, para pronunciar el mismo *fiat* a la voluntad de Dios con toda la existencia entrelazada de alegrías y tristezas, de esperanzas y desilusiones, convencidos de que las pruebas, el dolor y el sufrimiento dan un sentido profundo a nuestra peregrinación en la tierra.

2. No se puede contemplar a María sin ser atraídos por Cristo y no se puede mirar a Cristo sin descubrir inmediatamente la presencia de María. Existe un nexo inseparable entre la Madre y el Hijo engendrado en su seno por obra del Espíritu Santo, y este vínculo lo percibimos, de manera misteriosa, en el sacramento de la Eucaristía, como pusieron de relieve desde los primeros siglos los Padres de la Iglesia y los teólogos.

«La carne nacida de María, procediendo del Espíritu Santo, es el pan bajado del cielo», afirma san Hilario de Poitiers; y en el Sacramentario Bergomense, del siglo IX, leemos: «Su seno hizo florecer un fruto, un pan que nos ha colmado de un don angélico. María restituyó a la salvación lo que Eva destruyó con su culpa». Asimismo, san Pedro Damiano dice: «Aquel cuerpo que la santísima Virgen engendró y alimentó en su seno con solicitud materna, aquel cuerpo sin duda, y no otro, ahora lo recibimos en el sagrado altar y bebemos la sangre como sacramento de nuestra redención. Esto es lo que nos dice la fe católica; esto es lo que enseña fielmente la santa Iglesia».

El vínculo de la Virgen santísima con su Hijo, Cordero inmolado que quita el pecado del mundo, se extiende a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. Como afirma el siervo de Dios Juan Pablo II, María es «mujer eucarística» con toda su vida, por lo cual la Iglesia, contemplándola a ella como su modelo, «ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio» (*Ecclesia de Eucharistia*, 53).

Desde esta perspectiva se comprende mucho mejor por qué en Lourdes el culto a la santísima

Virgen María va unido a un fuerte y constante culto a la Eucaristía, con celebraciones eucarísticas diarias, con la adoración del santísimo Sacramento y la bendición a los enfermos, que constituye uno de los momentos más fuertes de la visita de los peregrinos a la gruta de Massabielle.

La presencia en Lourdes de muchos peregrinos enfermos y de voluntarios que los acompañan ayuda a reflexionar sobre la solicitud materna y tierna que la Virgen manifiesta con respecto al dolor y a los sufrimientos del hombre. La comunidad cristiana siente que María, *Mater dolorosa*, asociada al sacrificio de Cristo, sufriendo al pie de la cruz con su Hijo divino, está particularmente cerca de ella cuando se congrega en torno a sus miembros que sufren, llevando los signos de la pasión del Señor.

María sufre con quienes pasan por la prueba, con ellos espera y es su consuelo, sosteniéndolos con su ayuda materna. ¿No es verdad que la experiencia espiritual de tantos enfermos lleva a comprender cada vez más que «el divino Redentor quiere penetrar en el ánimo de todo paciente a través del corazón de su Madre santísima, primicia y vértice de todos los redimidos» (*Salvifici doloris*, 26).

3. Si Lourdes nos impulsa a meditar en el amor materno de la Virgen Inmaculada por sus hijos enfermos y que sufren, el próximo Congreso eucarístico internacional será ocasión para adorar a Jesucristo presente en el Sacramento del altar, para encomendarnos a él como Esperanza que no defrauda y para recibirlo como medicina de inmortalidad que cura el cuerpo y el alma.

Jesucristo redimió al mundo con su sufrimiento, con su muerte y resurrección, y quiso quedarse con nosotros como "pan de vida" en nuestra peregrinación terrena. El tema del Congreso eucarístico, «La Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo», subraya que la Eucaristía es el don que el Padre hace al mundo de su único Hijo, encarnado y crucificado. Él es quien nos reúne en torno a la mesa eucarística, suscitando en sus discípulos una solicitud amorosa en favor de los que sufren y los enfermos, en los que la comunidad cristiana reconoce el rostro de su Señor.

Como puse de relieve en la exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, «nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en él a hacerse "pan partido" para los demás» (n. 88). Esto nos estimula a servir personalmente a los hermanos, en especial a los que atraviesan dificultades, pues en realidad la vocación de todo cristiano consiste en ser, como Jesús, pan partido para la vida del mundo.

4. Así pues, es evidente que la pastoral de la salud encuentra precisamente en la Eucaristía la fuerza espiritual necesaria para socorrer de forma eficaz al hombre y para ayudarle a comprender el valor salvífico de su sufrimiento. Como dijo el siervo de Dios Juan Pablo II en la citada carta apostólica *Salvifici doloris*, la Iglesia ve en los hermanos y hermanas que sufren «como un sujeto múltiple de la fuerza sobrenatural» de Cristo (cf. n. 27).

El hombre que sufre con amor y con dócil abandono a la voluntad divina, unido misteriosamente a Cristo, se transforma en ofrenda viva para la salvación del mundo. Mi amado predecesor afirmó también que «cuanto más se siente el hombre amenazado por el pecado que lleva en sí el mundo de hoy, tanto más grande es la elocuencia que posee en sí el sufrimiento humano. Y tanto más la Iglesia siente la necesidad de recurrir al valor de los sufrimientos humanos para la salvación del mundo» (*ib.*).

Por consiguiente, si en Quebec se contempla el misterio de la Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo, en la Jornada mundial del enfermo, con un paralelismo espiritual ideal, no sólo se celebra la efectiva participación del sufrimiento humano en la obra salvífica de Dios, sino que también se puede gozar, en cierto sentido, de los extraordinarios frutos prometidos a

quienes creen. Así, el dolor, acogido con fe, se convierte en la puerta para entrar en el misterio del sufrimiento redentor de Jesús y para llegar con él a la paz y a la felicidad de su resurrección.

5. A la vez que dirijo mi cordial saludo a todos los enfermos y a quienes los atienden de diversas maneras, invito a las comunidades diocesanas y parroquiales a celebrar la próxima Jornada mundial del enfermo valorando plenamente la feliz coincidencia del 150º aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes y el Congreso eucarístico internacional.

Se trata de una ocasión para subrayar la importancia de la santa misa, de la adoración eucarística y del culto a la Eucaristía, haciendo que las capillas en los centros de salud se transformen en el corazón palpitante en el que Jesús se ofrece incesantemente al Padre para la vida de la humanidad. También la distribución de la Eucaristía a los enfermos, hecha con decoro y espíritu de oración, es verdadero consuelo para quienes sufren por cualquier forma de enfermedad.

La próxima Jornada mundial del enfermo ha de ser, además, una circunstancia propicia para invocar de modo especial la protección materna de María sobre quienes se encuentran probados por la enfermedad, sobre los agentes sanitarios y sobre todos los que trabajan en la pastoral de la salud. Pienso, en particular, en los sacerdotes comprometidos en este campo, en las religiosas y en los religiosos, en los voluntarios y en todos los que con una entrega efectiva se dedican a servir, en cuerpo y alma, a los enfermos y a los necesitados.

Encomiendo a todos a María, Madre de Dios y Madre nuestra, Inmaculada Concepción. Que ella ayude a cada uno a testimoniar que la única respuesta válida al dolor y al sufrimiento humano es Cristo, el cual al resucitar venció la muerte y nos dio la vida que no tiene fin.

Con estos sentimientos, imparto de corazón a todos una bendición apostólica especial.

Vaticano, 11 de enero de 2008

BENEDICTO XVI

XVII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2009)

Queridos hermanos y hermanas:

Con motivo de la Jornada mundial del enfermo, que se celebra el próximo 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, las comunidades diocesanas se reunirán con sus obispos en encuentros de oración, para reflexionar y decidir iniciativas de sensibilización sobre la realidad del sufrimiento. El Año paulino, que estamos celebrando, ofrece la ocasión propicia para detenernos a meditar con el apóstol san Pablo sobre el hecho de que, "así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación" (2 Co 1, 5). Además, la unión espiritual con Lourdes nos trae a la mente la solicitud maternal de la Madre de Jesús por los hermanos de su Hijo "que todavía peregrinan y viven entre angustias y peligros, hasta que lleguen a la patria feliz" (*Lumen gentium*, 62).

Este año nuestra atención se dirige en particular a los niños, las criaturas más débiles e indefensas y, entre ellos, a los niños enfermos y a los que sufren. Hay niños que llevan en su cuerpo las consecuencias de enfermedades que los dejan incapacitados, y otros que luchan con males hoy aún incurables a pesar del progreso de la medicina y la asistencia de buenos investigadores y profesionales de la salud. Hay niños heridos en su cuerpo y en su alma como consecuencia de conflictos y guerras, y otros que son víctimas inocentes del odio de personas adultas insensatas. Hay niños "de la calle", privados del calor de una familia y abandonados a sí mismos; y menores profanados por gente despreciable que viola su inocencia, provocando en ellos una herida psicológica que los marcará para el resto de su vida. Tampoco podemos olvidar el incalculable número de menores que mueren a causa de la sed, del hambre, de la carencia de asistencia sanitaria, así como a los niños exiliados y prófugos de su propia tierra que, juntamente con sus padres, van en búsqueda de mejores condiciones de vida. De todos estos niños se eleva un silencioso grito de dolor que interpela a nuestra conciencia de hombres y de creyentes.

La comunidad cristiana, que no puede permanecer indiferente ante situaciones tan dramáticas, siente el imperioso deber de intervenir. En efecto, la Iglesia, como escribí en la encíclica *Deus caritas est*, "es la familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesario" (25, b). Por tanto, deseo que también la Jornada mundial del enfermo brinde a las comunidades parroquiales y diocesanas la oportunidad de tomar cada vez mayor conciencia de que son "familia de Dios", y las anime a hacer perceptible en las aldeas, en los barrios y en las ciudades, el amor del Señor, que pide "que en la Iglesia misma, como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad" (*ib.*). El testimonio de la caridad forma parte de la vida misma de toda comunidad cristiana. Y desde el principio la Iglesia ha traducido en gestos concretos los principios evangélicos, como leemos en los *Hechos de los Apóstoles*. Hoy, dadas las nuevas situaciones de la asistencia sanitaria, se siente la necesidad de una colaboración más estrecha entre los profesionales de la salud que trabajan en las distintas instituciones sanitarias y las comunidades eclesiales presentes en su territorio. Desde esta perspectiva se confirma en todo su valor una institución relacionada con la Santa Sede, como es el Hospital pediátrico Niño Jesús, que este año celebra 140 años de vida.

Pero hay más. Dado que el niño enfermo pertenece a una familia que comparte su sufrimiento a menudo con graves problemas y dificultades, las comunidades cristianas no pueden dejar de hacerse cargo también de ayudar a los núcleos familiares afectados por la enfermedad de un hijo o de una hija. A ejemplo del "buen samaritano" es necesario que preste asistencia a las personas tan duramente probadas y les ofrezca el apoyo de una solidaridad concreta. De este modo, aceptar y compartir el sufrimiento se traduce en un

apoyo útil a las familias de los niños enfermos, creando dentro de ellas un clima de serenidad y esperanza, y haciendo que reconozcan que a su alrededor hay una familia más vasta de hermanos y hermanas en Cristo.

La compasión de Jesús por el llanto de la viuda de Naím (cf. *Lc* 7, 12-17) y por la apremiante súplica de Jairo (cf. *Lc* 8, 41-56) constituyen, entre otros, algunos puntos de referencia útiles para aprender a compartir los momentos de dolor físico y moral de tantas familias probadas. Todo esto presupone un amor desinteresado y generoso, reflejo y signo del amor misericordioso de Dios, que nunca abandona a sus hijos en la prueba, sino que siempre les proporciona admirables recursos de corazón y de inteligencia para que puedan afrontar adecuadamente las dificultades de la vida.

La dedicación diaria y el compromiso sin descanso al servicio de los niños enfermos constituyen un testimonio elocuente de amor por la vida humana, en particular por la vida de quien es débil y depende de los demás en todo y para todo. Es necesario afirmar con vigor *la absoluta y suprema dignidad de toda vida humana*. Con el paso del tiempo no cambia la enseñanza que la Iglesia proclama incesantemente: la vida humana es bella y debe vivirse en plenitud también cuando es débil y está envuelta en el misterio del sufrimiento. Es a Jesús crucificado a quien debemos dirigir nuestra mirada: al morir en la cruz quiso compartir el dolor de toda la humanidad. En su sufrimiento por amor vislumbramos una suprema coparticipación en las penas de los niños enfermos y de sus padres.

Mi venerado predecesor Juan Pablo II, que desde la aceptación paciente del sufrimiento dio un ejemplo luminoso especialmente en el ocaso de su vida, escribió: "En la cruz está el "Redentor del hombre", el Varón de dolores, que asumió en sí mismo los sufrimientos físicos y morales de los hombres de todos los tiempos, para que en el amor puedan encontrar el sentido salvífico de su dolor y respuestas válidas a todas sus preguntas" (*Salvifici doloris*, 31).

Deseo expresar aquí mi aprecio y mi aliento a las organizaciones internacionales y nacionales que se ocupan del cuidado de los niños enfermos, particularmente en los países pobres, y con generosidad y abnegación dan su contribución para asegurarles asistencia adecuada y amorosa. Al mismo tiempo, hago un urgente llamamiento a los responsables de las naciones para que se potencien las leyes y se tomen medidas en favor de los niños enfermos y de sus familias. Siempre, pero más aún cuando está en juego la vida de los niños, la Iglesia, por su parte, está dispuesta a prestar su cordial colaboración con el fin de transformar toda la civilización humana en "civilización del amor" (cf. *ib.*, 30).

Ya para concluir, quiero manifestar mi cercanía espiritual a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas que sufrís alguna enfermedad. Dirijo un afectuoso saludo a cuantos os asisten: a los obispos, a los sacerdotes, a las personas consagradas, a los profesionales de la salud, a los voluntarios y a todos aquellos que se dedican con amor a curar y aliviar los sufrimientos de quienes padecen alguna enfermedad. Un saludo muy especial para vosotros, queridos niños que estáis enfermos y sufrís: el Papa os abraza con afecto paterno junto con vuestros padres y familiares, y os asegura un recuerdo especial en la oración, invitándoos a confiar en la ayuda maternal de la Inmaculada Virgen María, a la que en la pasada Navidad hemos contemplado una vez más mientras aprieta con alegría entre sus brazos al Hijo de Dios hecho niño.

Invocando sobre vosotros y sobre todos los enfermos la protección maternal de la Virgen santísima, Salud de los enfermos, os imparto de corazón a todos una bendición apostólica especial.

Vaticano, 2 de febrero de 2009

Benedictus PP XVI

XVIII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2010)

Queridos hermanos y hermanas:

El próximo 11 de febrero, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, se celebrará en la basílica vaticana la XVIII Jornada mundial del enfermo. La feliz coincidencia con el 25° aniversario de la institución del Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios constituye un motivo más para agradecer a Dios el camino recorrido hasta ahora en el sector de la pastoral de la salud. Deseo de corazón que ese aniversario sea ocasión para un celo apostólico más generoso al servicio de los enfermos y de quienes cuidan de ellos.

Cada año, con la Jornada mundial del enfermo, la Iglesia quiere sensibilizar a toda la comunidad eclesial sobre la importancia del servicio pastoral en el vasto mundo de la salud, un servicio que es parte integrante de su misión, ya que se inscribe en el surco de la misma misión salvífica de Cristo. Él, Médico divino, "pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo" (*Hch* 10, 38). En el misterio de su pasión, muerte y resurrección, el sufrimiento humano encuentra sentido y la plenitud de la luz. En la carta apostólica *Salvifici doloris*, el siervo de Dios Juan Pablo II tiene palabras iluminadoras al respecto: "El sufrimiento humano —escribió— ha alcanzado su culmen en la pasión de Cristo. Y a la vez ha entrado en una dimensión completamente nueva y en un orden nuevo: ha sido unido al amor (...), a aquel amor que crea el bien, sacándolo incluso del mal, sacándolo por medio del sufrimiento, así como el bien supremo de la redención del mundo ha sido sacado de la cruz de Cristo, y de ella toma constantemente su origen. La cruz de Cristo se ha convertido en una fuente de la que brotan ríos de agua viva" (n. 18).

El Señor Jesús en la última Cena, antes de volver al Padre, se inclinó para lavar los pies a los Apóstoles, anticipando el acto supremo de amor de la cruz. Con ese gesto invitó a sus discípulos a entrar en su misma lógica, la del amor que se da especialmente a los más pequeños y a los necesitados (cf. *Jn* 13, 12-17). Siguiendo su ejemplo, todo cristiano está llamado a revivir, en contextos distintos y siempre nuevos, la parábola del buen Samaritano, el cual, pasando al lado de un hombre al que los ladrones dejaron medio muerto al borde del camino, "al verlo tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva"" (*Lc* 10, 33-35).

Al final de la parábola, Jesús dice: "Ve y haz tú lo mismo" (*Lc* 10, 37). Con estas palabras se dirige también a nosotros. Nos exhorta a inclinarnos sobre las heridas del cuerpo y del espíritu de tantos hermanos y hermanas nuestros que encontramos por los caminos del mundo; nos ayuda a comprender que, con la gracia de Dios acogida y vivida en la vida de cada día, la experiencia de la enfermedad y del sufrimiento puede llegar a ser escuela de esperanza. En verdad, como afirmé en la encíclica *Spe salvi*, "lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que sufrió con amor infinito" (n. 37).

Ya el concilio ecuménico Vaticano II recordaba la importante tarea de la Iglesia de ocuparse del sufrimiento humano. En la constitución dogmática *Lumen gentium* leemos que como "Cristo fue enviado por el Padre "para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para sanar a los de corazón destrozado" (*Lc* 4, 18), "a buscar y salvar lo que estaba perdido" (*Lc* 19, 10); de

manera semejante la Iglesia abraza con amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador, pobre y sufriente, se preocupa de aliviar sus necesidades y pretende servir en ellos a Cristo" (n. 8).

Esta acción humanitaria y espiritual de la comunidad eclesial en favor de los enfermos y los que sufren a lo largo de los siglos se ha expresado en múltiples formas y estructuras sanitarias también de carácter institucional. Quisiera recordar aquí las gestionadas directamente por las diócesis y las que han nacido de la generosidad de varios institutos religiosos. Se trata de un valioso "patrimonio" que responde al hecho de que "el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado" (*Deus caritas est*, 20). La creación del Consejo pontificio para la pastoral de los agentes sanitarios, hace veinticinco años, forma parte de esa solicitud eclesial por el mundo de la salud. Y debo añadir que, en el actual momento histórico-cultural, se siente todavía más la exigencia de una presencia eclesial atenta y generalizada al lado de los enfermos, así como de una presencia en la sociedad capaz de transmitir de manera eficaz los valores evangélicos para la defensa de la vida humana en todas sus fases, desde su concepción hasta su fin natural.

Quisiera retomar aquí el Mensaje a los pobres, a los enfermos y a todos los que sufren, que los padres conciliares dirigieron al mundo al final del concilio ecuménico Vaticano II: "Vosotros que sentís más el peso de la cruz —dijeron— (...), vosotros que lloráis (...), vosotros los desconocidos del dolor, tened ánimo: vosotros sois los preferidos del reino de Dios, el reino de la esperanza, de la bondad y de la vida; vosotros sois los hermanos de Cristo sufriente y con él, si queréis, salváis al mundo" (*Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones*. BAC, Madrid 1966, p. 845). Agradezco de corazón a las personas que cada día "realizan un servicio para con los que están enfermos y los que sufren", haciendo que "el apostolado de la misericordia de Dios, al que se dedican, responda cada vez mejor a las nuevas exigencias" (Juan Pablo II, constitución apostólica *Pastor bonus*, art. 152).

En este Año sacerdotal mi pensamiento se dirige en particular a vosotros, queridos sacerdotes, "ministros de los enfermos", signo e instrumento de la compasión de Cristo, que debe llegar a todo hombre marcado por el sufrimiento. Os invito, queridos presbíteros, a no escatimar esfuerzos para prestarles asistencia y consuelo. El tiempo transcurrido al lado de quien se encuentra en la prueba es fecundo en gracia para todas las demás dimensiones de la pastoral. Me dirijo por último a vosotros, queridos enfermos, y os pido que recéis y ofrezcáis vuestros sufrimientos por los sacerdotes, para que puedan mantenerse fieles a su vocación y su ministerio sea rico en frutos espirituales, para el bien de toda la Iglesia.

Con estos sentimientos, imploro para los enfermos, así como para los que los asisten, la protección maternal de María, *Salus infirmorum*, y a todos imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 22 de noviembre de 2009, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

Benedictus PP XVI

XIX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2011)

«Por sus llagas habéis sido curados» (1 P 2, 24)

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, en el aniversario de la memoria de Nuestra Señora de Lourdes, que se celebra el 11 de febrero, la Iglesia propone la Jornada mundial del enfermo. Esta circunstancia, como quiso el venerable Juan Pablo II, se convierte en una ocasión propicia para reflexionar sobre el misterio del sufrimiento y, sobre todo, para sensibilizar más a nuestras comunidades y a la sociedad civil con respecto a los hermanos y las hermanas enfermos. Si cada hombre es hermano nuestro, con mayor razón el débil, el que sufre y el necesitado de cuidados deben estar en el centro de nuestra atención, para que ninguno de ellos se sienta olvidado o marginado. De hecho, «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la *compasión* a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana» (*Spe salvi*, 38). Las iniciativas que se promuevan en cada diócesis con ocasión de esta Jornada deben servir de estímulo para hacer cada vez más eficaz la asistencia a los que sufren, también de cara a la celebración de modo solemne, que tendrá lugar, en 2013, en el santuario mariano de Altötting, en Alemania.

1. Llevo aún en el corazón el momento en que, en el transcurso de la visita pastoral a Turín, pude permanecer en reflexión y oración ante la Sábana Santa, ante ese rostro sufriente, que nos invita a meditar sobre Aquel que llevó sobre sí la pasión del hombre de todo tiempo y de todo lugar, también nuestros sufrimientos, nuestras dificultades y nuestros pecados. ¡Cuántos fieles, a lo largo de la historia, han pasado ante ese lienzo sepulcral, que envolvió el cuerpo de un hombre crucificado, que corresponde en todo a lo que los Evangelios nos transmiten sobre la pasión y muerte de Jesús! Contemplantarlo es una invitación a reflexionar sobre lo que escribe san Pedro: «Por sus llagas habéis sido curados» (1 P 2, 24). El Hijo de Dios sufrió, murió, pero resucitó, y precisamente por esto esas llagas se convierten en el signo de nuestra redención, del perdón y de la reconciliación con el Padre; sin embargo, también se convierten en un banco de prueba para la fe de los discípulos y para nuestra fe: cada vez que el Señor habla de su pasión y muerte, ellos no comprenden, rechazan, se oponen. Para ellos, como para nosotros, el sufrimiento está siempre lleno de misterio, es difícil de aceptar y de soportar. Los dos discípulos de Emaús caminan tristes por los acontecimientos sucedidos aquellos días en Jerusalén, y sólo cuando el Resucitado recorre el camino con ellos se abren a una visión nueva (cf. *Lc* 24, 13-31). También al apóstol Tomás le cuesta creer en el camino de la pasión redentora: «Si no veo la marca de los clavos en sus manos; si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré» (*Jn* 20, 25). Pero frente a Cristo que muestra sus llagas, su respuesta se transforma en una conmovedora profesión de fe: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn* 20, 28). Lo que antes era un obstáculo insuperable, porque era signo del aparente fracaso de Jesús, se convierte, en el encuentro con el Resucitado, en la prueba de un amor victorioso: «Sólo un Dios que nos ama hasta tomar sobre sí nuestras heridas y nuestro dolor, sobre todo el inocente, es digno de fe» (*Mensaje Urbi et orbi, Pascua de 2007*).

2. Queridos enfermos y personas que sufren, es precisamente a través de las llagas de Cristo como nosotros podemos ver, con ojos de esperanza, todos los males que afligen a la humanidad. Al resucitar, el Señor no eliminó el sufrimiento ni el mal del mundo, sino que los venció de raíz. A la prepotencia del mal opuso la omnipotencia de su Amor. Así nos indicó que el camino de la paz y de la alegría es el Amor: «Como yo os he amado, amaos también

vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34). Cristo, vencedor de la muerte, está vivo en medio de nosotros. Y mientras, con santo Tomás, decimos también nosotros: «¡Señor mío y Dios mío!», sigamos a nuestro Maestro en la disponibilidad a dar la vida por nuestros hermanos (cf. 1 Jn 3, 16), siendo así mensajeros de una alegría que no teme el dolor, la alegría de la Resurrección.

San Bernardo afirma: «Dios no puede padecer, pero puede compadecer». Dios, la Verdad y el Amor en persona, quiso sufrir por nosotros y con nosotros; se hizo hombre para poder *compadecer* con el hombre, de modo real, en carne y sangre. Por eso, en cada sufrimiento humano ha entrado Uno que comparte el sufrimiento y la paciencia; en cada sufrimiento se difunde la *con-solatio*, la consolación del amor partícipe de Dios para hacer que brille la estrella de la esperanza (cf. *Spe salvi*, 39).

A vosotros, queridos hermanos y hermanas os repito este mensaje, para que seáis testigos de él a través de vuestro sufrimiento, vuestra vida y vuestra fe.

3. Con vistas a la cita de Madrid, el próximo mes de agosto de 2011, para la Jornada mundial de la juventud, quiero dirigir también un pensamiento en particular a los jóvenes, especialmente a aquellos que viven la experiencia de la enfermedad. A menudo la pasión, la cruz de Jesús dan miedo, porque parecen ser la negación de la vida. En realidad, es exactamente al contrario. La cruz es el «sí» de Dios al hombre, la expresión más alta y más intensa de su amor y la fuente de la que brota la vida eterna. Del corazón traspasado de Jesús brotó esta vida divina. Sólo él es capaz de liberar al mundo del mal y de hacer crecer su reino de justicia, de paz y de amor, al que todos aspiramos (cf. *Mensaje para la Jornada mundial de la juventud de 2011*, n. 3). Queridos jóvenes, aprended a «ver» y a «encontrar» a Jesús en la Eucaristía, donde está presente de modo real por nosotros, hasta el punto de hacerse alimento para el camino, pero también sabedlo reconocer y servir en los pobres, en los enfermos, en los hermanos que sufren y atraviesan dificultades, los cuales necesitan vuestra ayuda (cf. *ib.*, 4).

A todos vosotros, jóvenes, enfermos y sanos, os repito la invitación a crear puentes de amor y de solidaridad, para que nadie se sienta solo, sino cerca de Dios y parte de la gran familia de sus hijos (cf. *Audiencia general*, 15 de noviembre de 2006).

4. Contemplando las llagas de Jesús, nuestra mirada se dirige a su Corazón sacratísimo, en el que se manifiesta en sumo grado el amor de Dios. El Sagrado Corazón es Cristo crucificado, con el costado abierto por la lanza del que brotan sangre y agua (cf. Jn 19, 34), «símbolo de los sacramentos de la Iglesia, para que todos los hombres, atraídos al Corazón del Salvador, beban con alegría de la fuente perenne de la salvación» (*Misal Romano, Prefacio de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús*). Especialmente vosotros, queridos enfermos, sentid la cercanía de este Corazón lleno de amor y bebed con fe y alegría de esta fuente, rezando: «Agua del costado de Cristo, lávame. Pasión de Cristo, confortame. Oh buen Jesús, escúchame. En tus llagas, escóndeme» (*Oración de san Ignacio de Loyola*).

5. Al final de este Mensaje para la próxima Jornada mundial del enfermo, deseo expresar mi afecto a todos y a cada uno, sintiéndome partícipe de los sufrimientos y de las esperanzas que vivís diariamente en unión con Cristo crucificado y resucitado, para que os dé la paz y la curación del corazón. Que junto con él vele a vuestro lado la Virgen María, a la que invocamos con confianza *Salud de los enfermos* y *Consoladora de los afligidos*. Al pie de la cruz se realiza para ella la profecía de Simeón: su corazón de Madre es traspasado (cf. Lc 2, 35). Desde el abismo de su dolor, participación en el del Hijo, María fue capaz de acoger la nueva misión: ser la Madre de Cristo en sus miembros. En la hora de la cruz, Jesús le presenta a cada uno de sus discípulos diciéndole: «He ahí a tu Hijo» (cf. Jn 19, 26-27). La compasión maternal hacia el Hijo se convierte en compasión maternal hacia cada uno de nosotros en nuestros sufrimientos diarios (cf. *Homilía en Lourdes*, 15 de septiembre de 2008).

Queridos hermanos y hermanas, en esta Jornada mundial del enfermo, invito también a las

autoridades para que inviertan cada vez más energías en estructuras sanitarias que sirvan de ayuda y apoyo a los que sufren, sobre todo a los más pobres y necesitados, y dirigiendo mi pensamiento a todas las diócesis, envío un afectuoso saludo a los obispos, a los sacerdotes, a las personas consagradas, a los seminaristas, a los agentes sanitarios, a los voluntarios y a todos aquellos que se dedican con amor a curar y aliviar las llagas de todos los hermanos o hermanas enfermos, en los hospitales o residencias, en las familias: sabed ver siempre en el rostro de los enfermos el Rostro de los rostros: el de Cristo.

Aseguro a todos mi recuerdo en la oración, mientras imparto a cada uno una especial bendición apostólica.

Vaticano, 21 de noviembre de 2010, fiesta de Cristo Rey del universo.

Benedictus PP XVI

XX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2012)

“¿Levántate, vete; tu fe te ha salvado!” (Lc 17,19)

¡Queridos hermanos y hermanas!

Con ocasión de la Jornada Mundial del Enfermo, que celebraremos el próximo 11 de febrero de 2012, memoria de la Bienaventurada Virgen de Lourdes, deseo renovar mi cercanía espiritual a todos los enfermos que están hospitalizados o son atendidos por las familias, y expreso a cada uno la solicitud y el afecto de toda la Iglesia. En la acogida generosa y afectuosa de cada vida humana, sobre todo la débil y enferma, el cristiano expresa un aspecto importante de su testimonio evangélico siguiendo el ejemplo de Cristo, que se ha inclinado ante los sufrimientos materiales y espirituales del hombre para curarlos.

1. Este año, que constituye la preparación más inmediata para la solemne Jornada Mundial del Enfermo, que se celebrará en Alemania el 11 de febrero de 2013, y que se centrará en la emblemática figura evangélica del samaritano (cf. Lc 10,29-37), quisiera poner el acento en los «sacramentos de curación», es decir, en el sacramento de la penitencia y de la reconciliación, y en el de la unción de los enfermos, que culminan de manera natural en la comunión eucarística.

El encuentro de Jesús con los diez leprosos, descrito en el Evangelio de san Lucas (cf. Lc 17,11-19), y en particular las palabras que el Señor dirige a uno de ellos: «¿Levántate, vete; tu fe te ha salvado!» (v. 19), ayudan a tomar conciencia de la importancia de la fe para quienes, agobiados por el sufrimiento y la enfermedad, se acercan al Señor. En el encuentro con él, pueden experimentar realmente que *¡quien cree no está nunca solo!* En efecto, Dios por medio de su Hijo, no nos abandona en nuestras angustias y sufrimientos, está junto a nosotros, nos ayuda a llevarlas y desea curar nuestro corazón en lo más profundo (cf. Mc 2,1-12).

La fe de aquel leproso que, a diferencia de los otros, al verse sanado, vuelve enseguida a Jesús lleno de asombro y de alegría para manifestarle su reconocimiento, deja entrever que la salud recuperada es signo de algo más precioso que la simple curación física, es signo de la salvación que Dios nos da a través de Cristo, y que se expresa con las palabras de Jesús: *tu fe te ha salvado*. Quien invoca al Señor en su sufrimiento y enfermedad, está seguro de que su amor no le abandona nunca, y de que el amor de la Iglesia, que continúa en el tiempo su obra de salvación, nunca le faltará. La curación física, expresión de la salvación más profunda, revela

así la importancia que el hombre, en su integridad de alma y cuerpo, tiene para el Señor. Cada sacramento, en definitiva, expresa y actúa la proximidad Dios mismo, el cual, de manera absolutamente gratuita, nos toca por medio de realidades materiales que él toma a su servicio y convierte en instrumentos del encuentro entre nosotros y Él mismo (cf. *Homilía*, S. Misa Crismal, 1 de abril de 2010). «La unidad entre creación y redención se hace visible. Los sacramentos son expresión de la corporeidad de nuestra fe, que abraza cuerpo y alma, al hombre entero» (*Homilía*, S. Misa Crismal, 21 de abril de 2011). La tarea principal de la Iglesia es, ciertamente, el anuncio del Reino de Dios, «pero precisamente este mismo anuncio debe ser un proceso de curación: “... para curar los corazones desgarrados” (*Is* 61,1)» (*ibíd.*), según la misión que Jesús confió a sus discípulos (cf. *Lc* 9,1-2; *Mt* 10,1.5-14; *Mc* 6,7-13). El binomio entre salud física y renovación del alma lacerada nos ayuda, pues, a comprender mejor los «sacramentos de curación».

2. El sacramento de la penitencia ha sido, a menudo, el centro de reflexión de los pastores de la Iglesia, por su gran importancia en el camino de la vida cristiana, ya que «toda la fuerza de la Penitencia consiste en que nos restituye a la gracia de Dios y nos une a Él con profunda amistad» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1468). La Iglesia, continuando el anuncio de perdón y reconciliación, proclamado por Jesús, no cesa de invitar a toda la humanidad a convertirse y a creer en el Evangelio. Así lo dice el apóstol Pablo: «Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo, os pedimos que os reconciliéis con Dios» (2 *Co* 5,20). Jesús, con su vida anuncia y hace presente la misericordia del Padre. Él no ha venido para condenar, sino para perdonar y salvar, para dar esperanza incluso en la oscuridad más profunda del sufrimiento y del pecado, para dar la vida eterna; así, en el sacramento de la penitencia, en la «medicina de la confesión», la experiencia del pecado no degenera en desesperación, sino que encuentra el amor que perdona y transforma (cf. Juan Pablo II, Exhortación ap. postsin. *Reconciliatio et Paenitentia*, 31).

Dios, «rico en misericordia» (*Ef* 2,4), como el padre de la parábola evangélica (cf. *Lc* 15, 11-32), no cierra el corazón a ninguno de sus hijos, sino que los espera, los busca, los alcanza allí donde el rechazo de la comunión les ha encerrado en el aislamiento y en la división, los llama a reunirse en torno a su mesa, en la alegría de la fiesta del perdón y la reconciliación. El momento del sufrimiento, en el cual podría surgir la tentación de abandonarse al desaliento y a la desesperación, puede transformarse en tiempo de gracia para recapacitar y, como el hijo pródigo de la parábola, reflexionar sobre la propia vida, reconociendo los errores y fallos, sentir la nostalgia del abrazo del Padre y recorrer el camino de regreso a casa. Él, con su gran amor vela siempre y en cualquier circunstancia sobre nuestra existencia y nos espera para ofrecer, a cada hijo que vuelve a él, el don de la plena reconciliación y de la alegría.

3. De la lectura del Evangelio emerge, claramente, cómo Jesús ha mostrado una particular predilección por los enfermos. Él no sólo ha enviado a sus discípulos a curar las heridas (cf. *Mt* 10,8; *Lc* 9,2; 10,9), sino que también ha instituido para ellos un sacramento específico: la unción de los enfermos. La *carta de Santiago* atestigua la presencia de este gesto sacramental ya en la primera comunidad cristiana (cf. 5,14-16): con la unción de los enfermos, acompañada con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado, para que les alivie sus penas y los salve; es más, les exhorta a unirse espiritualmente a la pasión y a la muerte de Cristo, para contribuir, de este modo, al bien del Pueblo de Dios.

Este sacramento nos lleva a contemplar el doble misterio del monte de los Olivos, donde Jesús dramáticamente encuentra, aceptándola, la vía que le indicaba el Padre, la de la pasión, la del supremo acto de amor. En esa hora de prueba, él es el mediador «llevando en sí mismo, asumiendo en sí mismo el sufrimiento de la pasión del mundo, transformándolo en grito hacia Dios, llevándolo ante los ojos de Dios y poniéndolo en sus manos, llevándolo así realmente al momento de la redención» (*Lectio divina*, Encuentro con el clero de Roma, 18 de febrero de

2010). Pero «el Huerto de los Olivos es también el lugar desde el cual ascendió al Padre, y es por tanto el lugar de la Redención ... Este doble misterio del monte de los Olivos está siempre “activo” también en el óleo sacramental de la Iglesia ... signo de la bondad de Dios que llega a nosotros» (*Homilía*, S. Misa Crismal, 1 de abril de 2010). En la unción de los enfermos, la materia sacramental del óleo se nos ofrece, por decirlo así, «como medicina de Dios ... que ahora nos da la certeza de su bondad, que nos debe fortalecer y consolar, pero que, al mismo tiempo, y más allá de la enfermedad, remite a la curación definitiva, a la resurrección (cf. *St* 5,14)» (*ibid.*).

Este sacramento merece hoy una mayor consideración, tanto en la reflexión teológica como en la acción pastoral con los enfermos. Valorizando los contenidos de la oración litúrgica que se adaptan a las diversas situaciones humanas unidas a la enfermedad, y no sólo cuando se ha llegado al final de la vida (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1514), la unción de los enfermos no debe ser considerada como «un sacramento menor» respecto a los otros. La atención y el cuidado pastoral hacia los enfermos, por un lado es señal de la ternura de Dios con los que sufren, y por otro lado beneficia también espiritualmente a los sacerdotes y a toda la comunidad cristiana, sabiendo que todo lo que se hace con el más pequeño, se hace con el mismo Jesús (cf. *Mt* 25,40).

4. A propósito de los «sacramentos de la curación», san Agustín afirma: «Dios cura todas tus enfermedades. No temas, pues: todas tus enfermedades serán curadas ... Tú sólo debes dejar que él te cure y no rechazar sus manos» (*Exposición sobre el salmo* 102, 5: *PL* 36, 1319-1320). Se trata de medios preciosos de la gracia de Dios, que ayudan al enfermo a conformarse, cada vez con más plenitud, con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Junto a estos dos sacramentos, quisiera también subrayar la importancia de la eucaristía. Cuando se recibe en el momento de la enfermedad contribuye de manera singular a realizar esta transformación, asociando a quien se nutre con el Cuerpo y la Sangre de Jesús al ofrecimiento que él ha hecho de sí mismo al Padre para la salvación de todos. Toda la comunidad eclesial, y la comunidad parroquial en particular, han de asegurar la posibilidad de acercarse con frecuencia a la comunión sacramental a quienes, por motivos de salud o de edad, no pueden ir a los lugares de culto. De este modo, a estos hermanos y hermanas se les ofrece la posibilidad de reforzar la relación con Cristo crucificado y resucitado, participando, con su vida ofrecida por amor a Cristo, en la misma misión de la Iglesia. En esta perspectiva, es importante que los sacerdotes que prestan su delicada misión en los hospitales, en las clínicas y en las casas de los enfermos se sientan verdaderos «ministros de los enfermos», signo e instrumento de la compasión de Cristo, que debe llegar a todo hombre marcado por el sufrimiento» (*Mensaje para la XVIII Jornada Mundial del Enfermo*, 22 de noviembre de 2009).

La conformación con el misterio pascual de Cristo, realizada también mediante la práctica de la comunión espiritual, asume un significado muy particular cuando la eucaristía se administra y se recibe como viático. En ese momento de la existencia, resuenan de modo aún más incisivo las palabras del Señor: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (*Jn* 6,54). En efecto, la eucaristía, sobre todo como viático, es – según la definición de san Ignacio de Antioquia – «fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte» (*Carta a los Efesios*, 20: *PG* 5, 661), sacramento del paso de la muerte a la vida, de este mundo al Padre, que a todos espera en la Jerusalén celeste.

5. El tema de este Mensaje para la XX Jornada Mundial del Enfermo, «¡Levántate, vete; tu fe te ha salvado!», se refiere también al próximo «Año de la fe», que comenzará el 11 de octubre de 2012, ocasión propicia y preciosa para redescubrir la fuerza y la belleza de la fe, para profundizar sus contenidos y para testimoniarla en la vida de cada día (cf. Carta ap. *Porta fidei*, 11 de octubre de 2011). Deseo animar a los enfermos y a los que sufren a encontrar siempre en la fe un ancla segura, alimentada por la escucha de la palabra de Dios, la oración personal y los sacramentos, a la vez que invito a los pastores a facilitar a los enfermos su celebración.

Que los sacerdotes, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor y como guías de la grey que les ha sido confiada, se muestren llenos de alegría, atentos con los más débiles, los sencillos, los pecadores, manifestando la infinita misericordia de Dios con las confortadoras palabras de la esperanza (cf. S. Agustín, *Carta 95*, 1: *PL* 33, 351-352).

A todos los que trabajan en el mundo de la salud, como también a las familias que en sus propios miembros ven el rostro sufriente del Señor Jesús, renuevo mi agradecimiento y el de la Iglesia, porque, con su competencia profesional y tantas veces en silencio, sin hablar de Cristo, lo manifiestan (cf. *Homilía*, S. Misa Crismal, 21 de abril de 2011).

A María, Madre de Misericordia y Salud de los Enfermos, dirigimos nuestra mirada confiada y nuestra oración; su materna compasión, vivida junto al Hijo agonizante en la Cruz, acompañe y sostenga la fe y la esperanza de cada persona enferma y que sufre en el camino de curación de las heridas del cuerpo y del espíritu. Os aseguro mi recuerdo en la oración, mientras imparto a cada uno una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 20 de noviembre de 2011, solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo.

Benedictus PP XVI

XX JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (2013)

«**Anda y haz tú lo mismo**» (Lc 10,37)

Queridos hermanos y hermanas:

1. El 11 de febrero de 2013, memoria litúrgica de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes, en el Santuario mariano de Altötting, se celebrará solemnemente la XXI Jornada Mundial del Enfermo. Esta Jornada representa para todos los enfermos, agentes sanitarios, fieles cristianos y para todas las personas de buena voluntad, «un momento fuerte de oración, participación y ofrecimiento del sufrimiento para el bien de la Iglesia, así como de invitación a todos para que reconozcan en el rostro del hermano enfermo el santo rostro de Cristo que, sufriendo, muriendo y resucitando, realizó la salvación de la humanidad» (Juan Pablo II, *Carta por la que se instituía la Jornada Mundial del Enfermo*, 13 mayo 1992, 3). En esta ocasión, me siento especialmente cercano a cada uno de vosotros, queridos enfermos, que, en los centros de salud y de asistencia, o también en casa, vivís un difícil momento de prueba a causa de la enfermedad y el sufrimiento. Que lleguen a todos las palabras llenas de aliento pronunciadas por los Padres del Concilio Ecuménico Vaticano II: «No estáis... ni abandonados ni inútiles; sois los llamados por Cristo, su viva y transparente imagen» (*Mensaje a los enfermos, a todos los que sufren*).

2. Para acompañaros en la peregrinación espiritual que desde Lourdes, lugar y símbolo de esperanza y gracia, nos conduce hacia el Santuario de Altötting, quisiera proponer a vuestra consideración la figura emblemática del Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37). La parábola evangélica narrada por san Lucas forma parte de una serie de imágenes y narraciones extraídas de la vida cotidiana, con las que Jesús nos enseña el amor profundo de Dios por todo ser humano, especialmente cuando experimenta la enfermedad y el dolor. Pero además, con las palabras finales de la parábola del Buen Samaritano, «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10,37), el Señor nos señala cuál es la actitud que todo discípulo suyo ha de tener hacia los demás, especialmente hacia los que están necesitados de atención. Se trata por tanto de extraer del amor infinito de Dios, a través de una intensa relación con él en la oración, la fuerza para vivir cada día como el Buen Samaritano, con una atención concreta hacia quien está herido en el cuerpo y el espíritu, hacia quien pide ayuda, aunque sea un desconocido y no tenga recursos. Esto no sólo vale para los agentes pastorales y sanitarios, sino para todos,

también para el mismo enfermo, que puede vivir su propia condición en una perspectiva de fe: «Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito» (Enc. *Spe salvi*, 37).

3. Varios Padres de la Iglesia han visto en la figura del Buen Samaritano al mismo Jesús, y en el hombre caído en manos de los ladrones a Adán, a la humanidad perdida y herida por el propio pecado (cf. Orígenes, *Homilía sobre el Evangelio de Lucas XXXIV*, 1-9; Ambrosio, *Comentario al Evangelio de san Lucas*, 71-84; Agustín, *Sermón 171*). Jesús es el Hijo de Dios, que hace presente el amor del Padre, amor fiel, eterno, sin barreras ni límites. Pero Jesús es también aquel que «se despoja» de su «vestidura divina», que se rebaja de su «condición» divina, para asumir la forma humana (*Flp* 2,6-8) y acercarse al dolor del hombre, hasta bajar a los infiernos, como recitamos en el *Credo*, y llevar esperanza y luz. Él no retiene con avidez el ser igual a Dios (cf. *Flp* 6,6), sino que se inclina, lleno de misericordia, sobre el abismo del sufrimiento humano, para derramar el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

4. El *Año de la fe* que estamos viviendo constituye una ocasión propicia para intensificar la diaconía de la caridad en nuestras comunidades eclesiales, para ser cada uno buen samaritano del otro, del que está a nuestro lado. En este sentido, y para que nos sirvan de ejemplo y de estímulo, quisiera llamar la atención sobre algunas de las muchas figuras que en la historia de la Iglesia han ayudado a las personas enfermas a valorar el sufrimiento desde el punto de vista humano y espiritual. Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, «experta en la *scientia amoris*» (Juan Pablo II, Carta ap. *Novo Millennio ineunte*, 42), supo vivir «en profunda unión a la Pasión de Jesús» la enfermedad que «la llevaría a la muerte en medio de grandes sufrimientos» (*Audiencia general*, 6 abril 2011). El venerable Luigi Novarese, del que muchos conservan todavía hoy un vivo recuerdo, advirtió de manera particular en el ejercicio de su ministerio la importancia de la oración por y con los enfermos y los que sufren, a los que acompañaba con frecuencia a los santuarios marianos, de modo especial a la gruta de Lourdes. Movido por la caridad hacia el prójimo, Raúl Follereau dedicó su vida al cuidado de las personas afectadas por el morbo de Hansen, hasta en los lugares más remotos del planeta, promoviendo entre otras cosas la Jornada Mundial contra la lepra. La beata Teresa de Calcuta comenzaba siempre el día encontrando a Jesús en la Eucaristía, saliendo después por las calles con el rosario en la mano para encontrar y servir al Señor presente en los que sufren, especialmente en los que «no son queridos, ni amados, ni atendidos». También santa Ana Schäffer de Mindelstetten supo unir de modo ejemplar sus propios sufrimientos a los de Cristo: «La habitación de la enferma se transformó en una celda conventual, y el sufrimiento en servicio misionero... Fortificada por la comunión cotidiana se convirtió en una intercesora infatigable en la oración, y un espejo del amor de Dios para muchas personas en búsqueda de consejo» (*Homilía para la canonización*, 21 octubre 2012). En el evangelio destaca la figura de la Bienaventurada Virgen María, que siguió al Hijo sufriente hasta el supremo sacrificio en el Gólgota. No perdió nunca la esperanza en la victoria de Dios sobre el mal, el dolor y la muerte, y supo acoger con el mismo abrazo de fe y amor al Hijo de Dios nacido en la gruta de Belén y muerto en la cruz. Su firme confianza en la potencia divina se vio iluminada por la resurrección de Cristo, que ofrece esperanza a quien se encuentra en el sufrimiento y renueva la certeza de la cercanía y el consuelo del Señor.

5. Quisiera por último dirigir una palabra de profundo reconocimiento y de ánimo a las instituciones sanitarias católicas y a la misma sociedad civil, a las diócesis, las comunidades cristianas, las asociaciones de agentes sanitarios y de voluntarios. Que en todos crezca la conciencia de que «en la aceptación amorosa y generosa de toda vida humana, sobre todo si es débil o enferma, la Iglesia vive hoy un momento fundamental de su misión» (Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici*, 38).

Confío esta XXI Jornada Mundial del Enfermo a la intercesión de la Santísima Virgen María

de las Gracias, venerada en Altötting, para que acompañe siempre a la humanidad que sufre, en búsqueda de alivio y de firme esperanza, que ayude a todos los que participan en el apostolado de la misericordia a ser buenos samaritanos para sus hermanos y hermanas que padecen la enfermedad y el sufrimiento, a la vez que imparto de todo corazón la Bendición Apostólica.

Vaticano, 2 de enero de 2013

Benedictus PP XVI